

El crimen de la Hipotenusa

EMILI TEIXIDOR

Ilustraciones: IRENE BARRAL



Camaleón



Annotation

La profesora de matemáticas, apodada la Hipotenusa, desaparece misteriosamente dejando manchas de sangre. En el colegio, el inspector Arveja emprende un largo interrogatorio de los alumnos a los que la Hipotenusa iba a suspender: Nico, María, Román y Boris son algunos de ellos... Todos son sospechosos pero sólo uno es culpable. Y el inspector Arveja ha decidido desenmascararlo.

Emili Teixidor

**El crimen de la
Hipotenusa**

Título Original: *El crim de la hipotenusa*

1989

Traducción: Fran Bravo

EL CRONISTA

CUANDO llegué a la escuela aquella mañana de mediados de diciembre tenía el corazón encogido, y no por culpa de los primeros fríos que habían llegado a la ciudad aquella noche. Todo el mundo había desenterrado los abrigos, las cazadoras y las bufandas del fondo de los armarios, y andaba de prisa, como empujado por el viento helado. Pero yo sabía que mis temblores no eran de frío, sino de miedo.

El miedo a enfrentarme con el jaleo que provocaría en el colegio el asesinato de la Hipotenusa. La

Hipotenusa, con mayúscula de nombre propio.

Es decir, no de nombre propio. De apodo propio, o sea, de sobrenombre de persona. La Hipotenusa. La señorita Cinta Olius, alias la Hipotenusa, profesora de matemáticas de nuestro curso. Asesinada aquella misma noche.

Los compañeros de cursos superiores la llamaban también la Cinta de Moebius, pero daba igual: ninguno de sus malos nombres la había salvado del sacrificio, suponiendo que todo hubiera salido como estaba previsto.

El jaleo, la alarma y el desconcierto que produciría la noticia, el notición, si corría la voz por el colegio, sólo serían comparables al

estallido de su resurrección. Porque una mujer con un carácter tan fuerte como el de aquella profesora, que se jactaba de mantener a sus alumnos tiesos como reclutas y de no dejar que pasaran curso ni una parte infinitesimal de estudiantes que no hubieran sudado todos los números, incluso los números imaginarios, seguro que no se quedaría quieta y tranquila en su tumba para siempre jamás.

Es decir, no se encontraba todavía en la tumba. Debía de hallarse en el lugar donde la habían dejado los asesinos, hasta que la policía o la autoridad correspondiente dispusiera lo que ordenan las leyes para esos casos. ¡Uf, menudo trabajo!

Me parecía verla, menuda y nerviosa como una ratita, un manojo de nervios, los ojos azul pálido, muy hermosos tras unas gafas enormes de estudiante aplicada que aumentaban su hermosura, unos ojos que iluminaban una cara pálida y avispada de ardilla sabia; la nariz respingona, la boca siempre con una mueca de disgusto, el cabello estirado hacia atrás y recogido en la nuca con un lacito del color de los ojos, dos hoyuelos en las mejillas, siempre vestida de gris, siempre con su enorme cartera de repartidor de correos repleta de libros y papeles, y los zapatos de tacón alto para ganar unos centímetros... Y siempre con los nombres de Pitágoras, Arquímedes,

Euclides, Cantor... en la boca. ¡Y Tales de Mileto, claro! ¡Faltaría más! ¡Imposible olvidarse del insigne Tales de Mileto! ¡Pobre Hipotenusa inocente!

La mayor parte de los apodos de los profesores se transmiten de curso en curso desde la prehistoria del colegio. Eso, aquellos que lo tienen. No todos los profesores gozan de ese privilegio, ventaja o prerrogativa. Ese truco de los sinónimos me da siempre muy buenos resultados en los ejercicios de lengua. Se sitúan estratégicamente de tres en tres a lo largo de la redacción y la nota sube como pompa de jabón; una buena ensalada de beneficios, prebendas, gangas y preferencias, las palabras cuanto más cultas mejor, y el profesor se

traga el plato que da gusto. Y como la autoridad judicial me ha nombrado cronista oficial del caso del crimen de la Hipotenusa, pienso recrearme en la merced, el favor y el permiso de utilizar tantos sinónimos y cultismos que huelan a latín como las ocasiones me permitan. Hablábamos de los apodos de los profesores que se arrastraban desde la prehistoria. Aunque la Hipotenusa pertenecía a la Edad Moderna, o incluso a la Contemporánea. Llevaba varios cursos en el colegio, pero se conservaba joven y soltera. Los rigurosamente contemporáneos, acabados de llegar, no gozaban de categoría suficiente para ser merecedores de apodo. Un apodo era como el título de nobleza que llevan los

reyes: Pedro el Cruel, Juana la Loca, Jaime el Conquistador... O bien que los reyes otorgan a los subditos distinguidos y con méritos suficientes: Guzmán el Bueno, el Gran Capitán... Era una prueba de familiaridad que los alumnos concedían a los maestros más populares, queridos o sabios.

El nombre de la Hipotenusa le cayó a la señorita Cinta Olius por diversas razones. Una era que el profesor ayudante de mates, que la sustituía en las clases cuando ella no podía venir, era un latazo tan fenomenal que le conocíamos entre nosotros, sin categoría de título oficial, como el Cateto. Otra razón era que ella s^ólita elevada al cuadrado valía tanto o más que el cuadrado de sus

catetos. Otra era que su carácter directo, decidido y audaz le daba semejanza a la flecha de la hipotenusa. Otra, que sonaba como un insulto. Otra...

Pero no nos alarguemos innecesariamente en detalles de lo que no es de ninguna manera el o la protagonista del caso. Dejemos que los cadáveres descansen en paz. Que los muertos entierren a sus muertos...

Los verdaderos protagonistas de la historia, o de la crónica si queréis, son los criminales. Los asesinos. O mejor, el involuntario provocador del asesinato. El causante inconsciente, que a su vez era la víctima...

Bien. Y todos los implicados en el misterioso crimen, aquella mañana fría

de diciembre, con el cielo de nieve y el aire de Siberia, no tardarían mucho en llegar al colegio.

LA PRIMERA CLASE DE LA MAÑANA

EN la escalera de la puerta principal había dos o tres grupos de compañeros, chicos y chicas, que me pareció que comentaban el suceso por las palabras que cacé al vuelo mientras subía: «... es un misterio...»; «... la policía en el colegio...»; «... una profesora...»; «...esta noche han robado los exámenes...»; «... un interrogatorio...».

—¡Andrés! —me llamó un conocido del curso superior—.

¿Sabes...?

Pero se quedó con las palabras en la boca, porque yo seguí hacia arriba, sin detenerme, saludándole con la mano. Lo que nos temíamos —pensé— ya ha sucedido. Queríamos llevar el caso con gran discreción, y todo el colegio empezaba a hervir con los rumores. La Dirección echaría fuego por la boca, porque había recomendado sobre todas las cosas: discreción, discreción y discreción. Pero la Dirección vivía en las nubes si creía que en aquel centro, o en cualquier otro, los jóvenes no olían los secretos a muchos kilómetros de distancia.

En cuanto puse los pies en el vestíbulo, dos tipos altos y fuertes, con

gabardina y sombrero, como si se hubieran disfrazado de policías de película,

me cerraron el paso.

—¿Tu nombre? —me preguntó el más alto, que también era el más joven.

—Andrés Tal y Cual. —¿Curso?

—Tal.

El bajito consultó una libretita que tenía en la mano, en la cual sospeché que buscaba mi nombre. Sin duda, lo encontró entre los de la lista negra, porque el individuo alto me puso la mano en el hombro para apartarme del corredor que conducía directamente a las aulas de la planta baja y me acompañó hasta la puerta de la biblioteca, situada en el lateral

izquierdo de la puerta principal.

—Entra —me ordenó—, y espera aquí dentro.

Dentro estaban dos chicos y una chica que debían de haber llegado antes que yo, y otro personaje con gabardina y aspecto de policía. Al entrar, me quedé un momento parado, sin saber qué hacer. Los tres compañeros, Román, Carlota y Nico, estaban sentados a la gran mesa central, formada por la conjunción de ocho o diez mesas de lectura normales, los tres muy separados y con un libro abierto delante, como si estuvieran cumpliendo un castigo. El tío de la gabardina estaba de pie frente a uno de los armarios repletos de libros, y era evidente que ejercía las funciones de

vigilante o, mejor dicho, de centinela o carcelero. Todos nos miramos con ojos interrogantes, algo asustados los de los amigos, y los del hombre, con cierta frialdad profesional.

—Siéntate aquí. —El centinela me indicó una silla delante de él, lejos de los otros detenidos—. Estudia y calla.

—¿Qué ocurre...? —empecé yo, sin saber claramente si debía hacer aquella pregunta. Las miradas desanimadas de los condiscípulos me demostraron que habría sido mejor que no hubiera abierto la boca.

—De momento, siéntate y calla.

—Es que... nos perderemos la primera clase de la mañana, que empieza dentro de unos minutos... —

volví a pelear yo, como si me importara mucho pulirme una clase.

—¡Esta es la primera clase de la mañana! —replicó el policía—. ¡Y a lo mejor resulta la última!

A callar, silencio y se acabó. Me senté en la silla indicada y, al sacar un libro cualquiera de la cartera para fingir que estudiaba un rato, apareció, como un negro presagio o una triste casualidad, el texto de matemáticas.

UNA REUNIÓN DE ACUSADOS

DE manera —pensé, simulando que me sumergía en las páginas indigestas del libro—, de manera que aquí, en la biblioteca, han reunido a los acusados, aquí han concentrado a los sospechosos. O sea que se trata de una reunión de acusados. La frase me recordaba algo, quizá el título de una novela policíaca, o alguna película del género negro pasada por la tele. Una reunión de acusados.

Fuera de la biblioteca, por todo el edificio del colegio, los ruidos

familiares de carreras por las escaleras y corredores, los timbres que llamaban al comienzo de las clases, los gritos de los retrasados, las prisas de los profesores, las peleas de los buscabroncas... indicaban que la jornada escolar empezaba como todas las mañanas. Como todas las mañanas, no. La clase de matemáticas la daría el pobre suplente, el Cateto, que quizá hoy, por vez primera en su carrera académica, conseguiría que los alumnos escucharan sus explicaciones con atención, impresionados por los rumores que corrían sobre la suerte de la señorita Cinta Olius. ¿Cómo les explicarían la ausencia de la Hipotenusa? ¿Quién lo haría...?

La puerta de la biblioteca se abrió, y el policía alto introdujo a María Vilar, con abrigo, bufanda, guantes y un sombrerito de lana, como si se hubiera vestido para ir a esquiar.

Como en mi caso, el vigilante-carcelero-centinela le señaló un sitio en la mesa central, suficientemente alejado de los demás acusados, cuatro exactamente incluyéndome a mí; y María, sin dejar de mirarnos con los ojos vivos, se quitó de encima las ropas de abrigo y después se sentó y sacó un par de libros de la cartera para representar la comedia de que repasaba las lecciones.

María Vilar o María la Roja, como la llamábamos, era pelirroja y de piel

roja como un demonio; mejor dicho, como una diablesa, ya que María era una declarada y descarada defensora de los derechos de las mujeres que se indignaría hasta el punto más alto si llegara a saber que demonios sólo pueden serlo los hombres; las mujeres sólo pueden aspirar a diablesas, y gracias. Ella llamaría a eso gramática o lenguaje machista y discriminatorio. Era la acusada número cinco.

El número uno podría serlo yo. El segundo, sentado frente a mí, era Nico Ferrer, el atleta del curso, un futuro campeón de gimnasia y natación, con unos puños —que ahora tenía en las sienes sujetándose la cabeza negra y rizada—, de potencia a prueba de acero.

Nico Ferrer, alias el Deltoide, era la fuerza con un corazón de angelito.

El tercer acusado, sentado al otro extremo de la mesa, podría ser Román Veira, el niño bonito oficial del curso, un chachi apreciado por la basca... Román Veira, por quien suspiran todas las niñas, el Adonis o el Narciso... en fin, un tío bien plantado, aunque algo tímido y embarullado, de manera que la gente del curso le interrumpía cuando intentaba explicar algo diciéndole que todo quedaba más claro si callaba. Tan embarullado como el retrato que estoy intentando hacer de él. Conocido también como Rodolfo Violentino, y no es necesario añadir que el apodo se lo colgaron las gachís (¡jay!, las chicas) tras

una charla sobre el lenguaje del cine en la que el conferenciante o charlista nos descubrió que Rodolfo Valentino las mataba sólo con una sonrisa tímida o con una caída de ojos, exactamente igual que Román. Y como el gachó podía también mostrarse violento cuando se enfadaba, con brotes de violencia exagerados e imprevisibles, como parece que sacuden a los tímidos, el apellido de Violentino le iba que ni pintado.

Y la cuarta sospechosa: Carlota Torrente, una chica con todas las cualidades: hermosa, inteligente, simpática, buena amiga, noble... o sea, una joya, y por eso la llamamos la Verduguilla, porque verduguillo es un

arete o joya para la oreja, un pendiente, y en otro sentido era la verduga que hacía sufrir a sus admiradores, y así la palabra tenía para nosotros dos sentidos, el de joya auténtica y el de verdugo implacable y cruel. Sólo la llamábamos así cuando ella no estaba presente, porque de lo contrario se enfadaba y se ponía roja como un tomate. Y porque, la verdad, la gracia de un apodo es que escueza un poquito, y llamar a alguien joya o verdugo, en el sentido de belleza que hace sufrir, es más un elogio que un mal nombre. Pero es que Carlota no tenía defectos. Los chicos la mirábamos un poco a distancia porque siempre sacaba las notas más altas en todo... excepto en matemáticas. El curso

anterior, Verduguilla se quedó, sorprendentemente, parada en matemáticas. Se hundió como el Titanic, como si la materia hubiera perdido todo interés a sus ojos. La materia... o la profesora. Quizá la policía, en sus interrogatorios, descubriría la causa del espectacular fracaso. Y quizá también llegara a descubrirle algún defecto oculto, alguna tara secreta, a aquella joya tan brillante.

Cinco acusados. Según mis cálculos, todavía faltaban dos más. Siete en total. Íbamos mal en matemáticas, pero sumar cinco más dos, hasta eso sí llegábamos.

LOS OTROS DOS

EL número seis no tardó en llegar. Mejor dicho, la número seis, porque la persona recién llegada, ligeramente retrasada, era Salud Mir, la Pitufa.

Como ya era difícil encontrar una silla separada de las demás, el vigilante-centinela-carcelero (abreviado, Vicencar, como vamos a llamarlo desde ahora) hizo la vista gorda y no dijo nada cuando Salud, con su buen humor, su tranquilidad y su parsimonia de siempre, que utilizaba como sus armas más eficaces, se colocó a poca distancia de María Roja, e

incluso disimuló, como si no se diera cuenta, cuando tras unos minutos de seriedad, las dos compañeras se acercaron más e inclinaron las cabezas para cuchichear o cuando se escribieron papelitos y sofocaron las risas, algo nerviosas, para matar la preocupación.

Salud Mir era pequeña y gordinflona, como una peonza, y muy simpática. Siempre tenía alguna cosa graciosa que contar. Todos buscaban su compañía, chicos y chicas. Era normal que la llamáramos la Pitufa, pero casi nunca se lo decíamos, porque todo el mundo apreciaba su humor inalterable. Además, si a alguno se le escapaba y la llamaba Pitufa, ella era la primera en reírse, y así ya no tenía interés.

Salud tenía la suerte de no encontrar ningún defecto en nada ni en nadie, todo el mundo le caía bien, incluso la señorita Cinta Olius, que no se cansaba de catearla en todas las evaluaciones. La Pitufa tenía tan buen talante que, cuando la profesora de matemáticas preguntó un día si había en la clase un voluntario para ir a su casa a ayudarla (¡pagando!) a ordenar los libros de su biblioteca, Salud se apuntó entusiasmada, pensando que de esa manera tenía el suficiente asegurado a fin de curso. Y cuando comprobó que no lograba pasar ni a fuerza de clasificar libros, en vez de desanimarse y plantar a la Hipotenusa, se reenganchó para trabajar de jardinera por cuatro cuartos

en el jardín de la casita de cuatro inquilinos —ella vivía en la planta baja — donde se había trasladado hacía poco tiempo con la biblioteca desordenada. Pero el cambio de bibliotecaria a jardinera no mejoró sensiblemente el rendimiento en matemáticas, y es que la Hipotenusa era insensible. Tenía el corazón de piedra berroqueña. O de hielo. Mejor dicho, toda ella no era más que un ordenador frío e impersonal.

Ocurría que los siete acusados éramos todos muy malos en mates. Era un rasgo común en el grupo, el único lazo que nos unía. Nos desenvolvíamos mejor en letras, dibujo, deporte, sociales... Por ejemplo, yo pasaba por ser el más imaginativo del grupo.

Carlota Verduguilla Torrente era más sabia en todo, pero incapaz de inventarse una historia. Y el resto, tres cuartos de lo mismo. No sabían mentir y eso, en nuestras circunstancias, podía ser fatal. Fatal.

En este momento acababa de entrar el peor de todos en matemáticas... y en muchas otras cosas. A deshora, como siempre. Tardón. Con el sueño todavía colgándole de los ojos y la cara desganada, como todas las mañanas. Con el gesto cansado de no haber dormido en toda la noche, como de costumbre. Desarreglado, porque se vestía en un santiamén y llegaba al colegio en dos trancos, siempre a punto de perder el autobús, siempre echando

el último resuello y con el tiempo justo. La mayor parte de los días perdía la primera clase y se pasaba la hora desayunando en el bar de enfrente, un cubil infecto.

El séptimo detenido: Boris Bau o, mejor, Bo Boris, porque tartajeaba un poco. Alto, flaco y nervioso, de cara sonriente pero con una sonrisa de sorpresa, de encantamiento, de no saber qué hacer ni qué decir, ya que por culpa de su impuntualidad le costaba un gran esfuerzo enterarse de qué iba el rollo cuando llegaba tarde a algún sitio.

La verdad es que a Bo Boris todavía no lo conocíamos bien. Había ingresado en el colegio y en el grupo de la clase el curso anterior. Y le había

costado lo suyo adaptarse y destaparse. Los primeros meses, entre un curso en el que nos conocíamos prácticamente todos desde párvulos, como hermanitos que no se han apartado nunca de las faldas de la maestra, Boris no dijo ni pío. Y nosotros le hicimos sudar su integración en la clase. Al principio, ni le mirábamos, como si fuera un intruso, un ser de otro planeta, un extranjero que venía a destruir la gran familia. Con el tiempo se fue abriendo, y al final del curso ya lo habíamos aceptado plenamente, como un compañero más. Es necesario decir que en la aceptación de Boris jugó un papel importante su hermano gemelo, Malaquías, y la fama de sus proezas. Pero el hecho fue que, a finales de

curso, Boris ya formaba parte del grupo. El más reciente. El más complicado, también.

Bien. Ya estábamos todos, si mis cálculos eran correctos. Sólo faltaba que apareciera el culpable.

EL INSPECTOR ARVEJA

BORIS no tuvo tiempo de sentarse ni de decir nada. Todavía no se había quitado de la cara la sonrisa de despiste y el gesto de sorpresa y desorientación del cuerpo entero, cuando la puerta de la biblioteca se abrió de nuevo para dejar pasar a un hombretón alto y grueso como un atlante y con unos bigotes ensortijados como los de un gato de casa bien. Tenía la piel de la cara sonrosada, y las manos hinchadas, como suelen tenerlas las personas que le dan mucho

al vino. Los ojos eran pequeñitos y hundidos en el fondo de un par de cuevas protegidas por unas cejas largas y espesas como una cortina de pelos. El detalle más característico, no obstante, era la nariz: una napia torcida y aplastada de boxeador, un apéndice deformado y maltrecho, una especie de carretera comarcal de tercer orden con curvas espectaculares, una narizota extrañísima de algarroba o arveja.

Boris, que al llegar se había detenido ante la gran mesa, se quedó boquiabierto cuando vio al singular personaje —siniestro como un sepulturero o un verdugo de la Edad Media—, que acababa de entrar detrás de él.

—¡Buenos días! —saludó el narizotas con una voz que surgía de las profundidades de un pecho absolutamente triturado por un montón de años

de humo.

Dirigió el saludo al Vicencar, sin mirarnos siquiera a nosotros. Llevaba un abrigo oscuro y triste como un guardapolvo de dependiente de mercería, y una gorra negra que hacía aún más tétrica la figura de aquel hombracho.

—¡Buenos días, inspector! —contestó, con una ligera reverencia, el subordinado Vicencar—. Ya estamos todos.

—Muy bien, Sala. Muchas gracias.

El inspector hizo un gesto con la cabeza, como si esquivara a una mosca, para significar al inferior que podía retirarse. El Vicencar hizo una nueva inclinación de cabeza, más profunda que la primera, y salió.

—Sala —le llamó el inspector antes de que cerrara la puerta—, avise a la doctora Kellerman y al profesor Juncosa que pueden pasar.

El Vicencar llamado Sala dobló el espinazo en una tercera y definitiva reverencia antes de desaparecer tras la puerta, hacia la fría inmensidad de los corredores.

Entonces, el inspector Arveja (su extraña nariz le daba derecho a este sobrenombre) cruzó toda la biblioteca

sin dignarse fijar los ojos ni un instante en nosotros, o quizá no lo notamos de tan hundidos y ocultos que los tenía, y fue a situarse en el mismo lugar donde antes estaba de guardia el pobre Sala, al lado de la mesita de la bibliotecaria, ante los armarios de puertas de cristal del fondo.

Arveja tosió dos o tres veces mirándose la punta de los zapatos, se quitó la gorra y el abrigo para colocarlos en el respaldo de la silla de la bibliotecaria, y por fin dio la cara y nos miró. Sospechamos que nos miraba, porque dirigía la punta de la algarroba al grupo de mesas en el que estábamos sentados.

—¿Y tú, qué haces ahí de pie,

como un pasmarote? —chilló al pobre Boris.

—Es... que... no... nadie... no... me... ha dicho nada...

—¡Siéntate!

Boris se apresuró a sentarse al lado de Nico Deltoide Ferrer.

Y él continuó el escrutinio. Era como una mirada ciega, apagada, sin ninguna señal de vida. Daba un poco de pavor.

Estábamos bastante asustados, aunque lo disimuláramos. Por los ojos atentos y nerviosos de mis compañeros, yo notaba que la procesión iba por dentro.

Por fin, tras el examen supuestamente ocular, el inspector

resucitó aquella voz de condenado por el tabaco que le sacudía el tórax, y se dignó dirigirnos la palabra.

—Tengo entendido que vosotros sois los siete de la lista.

Nadie se atrevió a decir ni pío.

—La lista de las siete personas que vieron por última vez con vida a la señorita Cinta Olius, vuestra profesora de matemáticas.

Los siete nos miramos. Salud iba a decir algo, pero el inspector la dejó con la boca abierta.

—La señorita Cinta Olius ha desaparecido de su casa esta noche.

Parecía como si el inspector hablara por etapas. A sacudidas sintácticas. A golpes de revelación. De

pausa en pausa hasta la gran sorpresa final.

—La noche pasada alguien penetró en su despacho para robar.

La voz era cada vez más oscura, más cavernosa, más terrible. Un punto demasiado espectacular, pensaba yo.

—Revolvió todos sus papeles, su biblioteca, su mesa, sus ordenadores, sus cosas...

A cada nuevo comunicado, la sangre se nos alejaba un poco más de la cara. En este momento ya estábamos todos más blancos que una hoja de papel de fumar. María Roja y Bo Boris parecían los más afectados. Sus ordenadores, había dicho. ¡No era para tanto! Salud nos había revelado que sólo

poseía dos.

—Y en la alfombra y en un sillón hemos hallado manchas de sangre que no hacen presagiar nada bueno.

A María Roja, sobre todo, se le notaba la alteración: parecía como si en pocos minutos le hubieran pasado una mano de cal por el rostro. Estaba a punto de desmayarse.

—Y ella no aparece por ninguna parte. No hay manera de dar con la profesora, ni viva ni muerta. Como si se la hubiera tragado la tierra.

Bo Boris tenía su sonrisa congelada en la cara, una sonrisa de incredulidad y unos ojos tan abiertos, que en pocos minutos podían estallarle.

—Un secuestro... o peor, quizá. Un

crimen.

Nico Deltoide Ferrer había cerrado los puños y los apretaba con fuerza, como si se preparara para un combate difícil.

—Y vosotros, alumnos suyos, sois los últimos testigos que ayer por la noche estuvisteis con ella y la visteis con vida.

EL EQUIPO TÉCNICO

UNOS golpes discretos en la puerta nos distrajeron un momento de las revelaciones del inspector.

—Sí... —lanzó el policía con voz fuerte, mientras nosotros volvíamos la cabeza para ver quién llamaba.

Entraron dos personas. Una mujer y un hombre. Una conocida y un desconocido. La señora Olivia Kellerman o doctora Kellerman, psicóloga del colegio, y un señor de unos treinta y cinco años de aire

deportivo, sin sombrero ni abrigo o gabardina.

—Pasen, pasen... Adelante... —los animó Arveja levantando las manos, abiertas y acogedoras. Y mientras los recién llegados iban a situarse a su lado, el inspector retomó la voz para presentárnoslos.

»Es el equipo técnico, el equipo de expertos que nos ayudará a sacar algo en limpio de este misterio tan triste y desagradable. Ya conocéis a la doctora Kellerman. Es psicóloga escolar y trabaja en este centro, entre otros...

A la señora Olivia Kellerman la llamábamos la Curuja porque tenía pinta de lechuza, con su cara plana y sus gafas de cristales gruesos como culos de

botella. Era una mujer de unos cincuenta años, muy amable y fina, bien conservada, como si hubiera practicado deporte toda su vida. Siempre iba con vestidos extravagantes; por ejemplo, aquella mañana llevaba un traje de chaqueta que parecía una manta escocesa.

—Y este señor que está a mi izquierda es Goyo Juncosa, profesor de psicología de la universidad, que ha aceptado amablemente acompañarnos y ayudarnos en lo que se presente.

Cogió una silla y se la ofreció a la señora.

—Siéntese, por favor.

Después indicó otra silla al profesor y, eligiendo una tercera para él,

dijo:

—Sentémonos.

Se sentaron los tres, acercando las sillas a la mesa de la bibliotecaria, situada encima de una plataforma de madera, como la tribuna de los jueces. El sol había conseguido sacar la cabeza entre el mar de nubes matinales, y los cristales de las cuatro ventanas de la biblioteca se encendieron con un amarillo tímido y flojo.

—Bien... Aquí están los siete testigos —explicó el inspector mientras sacaba unos papeles del bolsillo de la chaqueta y los depositaba encima de la mesa, junto a sus manos—. Aquí tengo las siete fichas que he elaborado con ayuda del director y el secretario del

colegio.

Cogió de nuevo la pila de cartoncitos para jugar con ellos como si se tratara de una baraja, mientras hablaba:

—Creo que hay de todo, como en todas partes: cuatro chicos y tres chicas, estudiantes buenos y malos, diligentes y holgazanes, puntuales y tardones, serios y tarambanas, personas de fiar y mentirosos— Dejó que este último calificativo quedara colgado en la pausa que hizo, quizá para que se grabara con más fuerza en nuestra memoria.

—Pero los siete tienen un denominador común: los repetidos insuficientes en la asignatura de la señorita Cinta Olius. Eran el martirio de

la profesora de matemáticas. Y dejémonos ya de historias y pongámonos a trabajar. Lo primero, antes de empezar los interrogatorios, será establecer las reglas del juego.

LAS REGLAS DEL JUEGO

—VAMOS a perder las clases... — dijo Salud con voz clara pero insegura, cosa inhabitual en ella, siempre tan directa y decidida.

—No importa —opinó el inspector—. Los aquí reunidos tenemos permiso de la Dirección para tomarnos todo el tiempo que precisemos. Una clase menos no influirá muchas décimas en la nota final. El asunto que nos ocupa es más importante que los números quebrados. Se trata de una vida

quebrada.

La doctora Kellerman lo contempló con ojos severos, como reprendiéndole, como si hubiera ido demasiado lejos en sus palabras. E inmediatamente se dirigió a nosotros con su voz suave de isleña.

—¿Qué clase teníais ahora?

—Matemáticas... —respondió

Román Veira.

Se hizo un silencio que duró el tiempo de mirarnos unos a otros, con sorpresa por la coincidencia y sin saber qué decir para salir de aquel atolladero.

—Bien... —dijo el inspector, abriendo las manos sobre el montón de fichas, con un gesto que significaba que no teníamos nada que perder, mientras

miraba de reojo a la psicóloga, como para pedirle la aprobación—, no penséis en la clase perdida, pensad en la profesora que quizá todavía podemos ganar.

—¿Qué ha ocurrido, exactamente? —preguntó Boris, aprovechando el momento en que parecía que el inspector había bajado las defensas—. Como he llegado tarde... no he oído bien qué le ha pasado a la... profesora Cinta Olius.

—Deberás esperar. —Arveja volvió a amurallarse en su rigidez—. Y en otra ocasión, sé más puntual. Ahora quiero que me ayudéis a organizar las entrevistas. Vamos a ver...

El inspector repasó las fichas, para comprobar que estábamos todos, y

prosiguió con su voz de subterráneo:

—De momento, estos procedimientos no son oficiales... de modo que podéis hablar con toda libertad, porque se trata sólo de un primer contacto que no os compromete a nada. Pero, aunque sólo se trata de una charla amigable, quiero que uno de vosotros tome nota de todas las cosas que surgirán aquí. Una especie de recordatorio para evitar repeticiones y facilitar la memoria de todo lo que digamos... ¿Quién puede encargarse de escribir la crónica de estas entrevistas?

Las miradas de todos mis compañeros me acribillaron.

—¡El literato del curso! —exclamó la doctora Kellerman.

—Escribe poesía... —reveló Salud Pitufa creyendo hacerme un favor—, aunque a mí no me ha dedicado ni una.

—Andrés escribe bien... —añadió Nico Deltoide.

—¡Muy bien! ¿Tienes papel y pluma? —El inspector no perdía el tiempo.

—Sí, pero yo no sé si...

—No se admiten protestas. ¡Te ha tocado a ti y no se hable más! Siéntate aquí, más cerca de nuestra mesa, y empieza a apuntarlo todo. Luego pondrás los apuntes en limpio. Y añadirás al borrador un informe con tus propias declaraciones...

Me cambié de sitio, avergonzado por tener que poner, por primera vez en

la vida, mis aptitudes literarias al servicio de una causa tan alejada de la poesía como es la burocracia de un caso criminal. Y para más inri en papeleo no oficial. Una especie de chapuza, un borrador de procedimiento. Aquel inspector Arveja, con su pinta fantasmal de brujo de la tribu, empezaba a parecerme un policía de pega, un detective de segunda o tercera división, y encima mal clasificado. Pero me callé como un muerto, claro.

Abrí el cuaderno, destapé el bolígrafo y afiné el oído para comenzar mis apuntes de lo que más adelante se convertiría en esta crónica.

—Los demás, por favor, saldréis de la biblioteca en silencio y esperaréis

fuera hasta que os llamemos. Aquí se quedará sólo uno. Y el primero será... —el inspector examinó las fichas—, Boris Bau, para que no se diga que siempre es el último en todo. Boris, tú no te muevas. Ahora te vas a enterar detalladamente de lo que ha ocurrido esta noche, mientras tú dormías más de la cuenta.

Los cinco descartados ya salían, cuando el trueno de la voz del amo del juego los detuvo.

—¡Eh...! ¡Un momento! ¡Una advertencia...! Mientras esperáis fuera, no quiero de ninguna manera que habléis entre vosotros y, sobre todo, no quiero que digáis nada a los demás alumnos del colegio. No quiero alarmas ni

cuchicheos. Y mucho menos, rumores. Cuando llegue la hora, ya les comunicaremos lo que debemos comunicarles. De momento, pido calma y serenidad para poder trabajar con eficacia. De manera que un agente os colocará en un despacho cercano y se quedará vigilándoos para que no abráis la boca más que para respirar. Hasta que os llegue el turno de venir a declarar.

El policía alto abrió la puerta desde fuera, como si hubiera tenido la oreja planchada en la madera y lo hubiera oído todo, y condujo el rebaño al corral vecino.

Y Boris se quedó solo ante el tribunal.

PRIMER INTERROGATORIO

BORIS había cambiado el color, pasando de un rosa pálido a un blanco de leche pura, como si la sangre se le hubiera evaporado y no le quedara ni una gota en todo el cuerpo.

Contemplaba a los tres expertos, el equipo técnico, con unos ojos inmensos. Los nervios se le habían concentrado en la cara y movía la comisura izquierda de los labios hacia arriba en un tic que le hinchaba rítmicamente la mejilla.

—Leo aquí —empezó el inspector,

leyendo la ficha— que eres alumno de este colegio desde hace poco. ¿Adonde ibas antes?

—A otro colegio, al Antonio Machado. Es un colegio público.

—¿Y por qué te cambiaste?

—Lo decidieron... en casa.

—¿Por qué razón?

—Para cambiar...

—Ésa no es ninguna razón... Boris se encogió de hombros.

—Leo también que las calificaciones no son muy buenas. Especialmente en matemáticas. Boris encogió de nuevo los hombros.

—¿Qué oficio quieres aprender o qué carrera quieres estudiar?

—No lo sé...

—¿No tienes aficiones? ¿No te gusta nada?

—El fútbol, el dibujo, la gimnasia, la historia...

—¿Cuál es la profesión de tus padres? Boris se calló un momento, desconcertado. Con intención de ayudar al muchacho, la doctora Olivia Kellerman tomó la palabra y le dijo al policía:

—Estas fichas son muy esquemáticas. Boris vive actualmente con su padre, un famoso abogado, que lo adoptó hace poco más de un año. Es su padre adoptivo. Viven los dos solos, porque el abogado es viudo.

—Bien... —reaccionó el inspector—, eso no significa nada. Carece de

importancia para el caso que nos ocupa.
¿Dónde vivías antes?

—Con una familia que se ocupaba de nosotros...

—¿Vosotros? ¿Cuántos hermanos sois?

—Catorce o quince.

—¿Catorce o quince hermanos?

—A los chicos y chicas que vivíamos en la misma casa, con la misma familia, nos decían que éramos hermanos...

—Ya. Comprendo. Amigos-hermanos, digamos. ¿Los ves alguna vez, ahora? Desde que vives con el abogado, quiero decir.

—Una vez al año, por Navidad, nos reunimos para visitar al matrimonio

que llevaba la casa y nos cuidaba.

—¿Todos los... compañeros-hermanos han sido adoptados, como tú?

—Casi todos.

—¿Y están contentos?

—Si no nos gusta o no nos entendemos con la familia que nos ha acogido, podemos decirlo y esperar a que surja otra.

—¡Ah...! No sabía que esas cosas funcionaran así. Se han modernizado, por lo que dices. Y entonces... ¿volvéis a casa... de la familia de quince hermanos?

—Si hay sitio, sí. Si no, nos llevan a otra casa. Eso es durante los dos primeros años. Hasta que firmamos los papeles ante el juez.

—Y a ti, ¿cómo te va con el abogado?

—Bien...

—¿Te quedarás con él cuando se cumpla el período de prueba?

La Lechuza psicóloga miró a Arveja con unos ojos de fuego que por poco lo fulminan.

—Sí... —dijo Boris con un hilo de voz—. Creo que sí... Antes viví con otra gente y no quise quedarme.

—¿Por qué?

—Les interesaba sólo para el trabajo. Mi hermano...

Boris se detuvo.

—¿Qué decías de tu hermano? —le tiró de la lengua el policía.

—Nada... Que a mi hermano le

ocurre igual con la familia donde está ahora.

—¿Y piensa dejarlos?

—Seguramente.

—¿En qué trabajan?

—Son traperos. Pero no de los que van por las calles con un saco a la espalda como los quinquis, sino con camiones. Son muy ricos, trafican con cacharros, coches viejos... con todo.

—¿Se trata de un hermano... hermano?

—Gemelo.

—¿Un mellizo, igual que tú?

—Clavado.

—¿Y... lo ves con frecuencia?

Boris negó con la cabeza.

—Comprendo... —dijo el inspector

— Es raro que separaran a unos mellizos.

— Vivimos separados desde hace tiempo...

— ¿No formaba parte de la familia de los quince hermanos?

— No. A él lo adoptaron en seguida, casi inmediatamente después de la muerte de nuestros padres en un accidente de coche. Éramos unos crios.

— Bien... no dejemos que los malos recuerdos nos ablanden. Sigamos, ¿te parece, Boris?

Boris asintió con la cabeza, sin demasiado convencimiento.

— ¿Por dónde íbamos...? ¡Ah... sí! Que llevabas las matemáticas muy mal porque no podías con ellas. Y con la

profesora, ¿cómo te llevabas?

—Era muy exigente...

—¿Te entendías bien con ella?

Boris hizo un gesto vago que quería decir que ni sí ni no.

—¿Cómo aceptaste, entonces, asistir a la reunión que convocó ayer por la noche en su casa, en una especie de merienda-cena, para tratar de las dificultades que los siete convocados teníais para sacar medianamente bien la asignatura?

—Decidimos ir todos... los siete.

—¿Y quién decidió robar los exámenes que la señorita Cinta Olius, alias la Hipotenusa, había preparado para la primera evaluación, en el despacho de su casa?

Boris, pillado por sorpresa, recuperó toda la sangre evaporada al comienzo de la sesión y quedó completamente teñido de rojo.

BO BORIS

—¿TE ha sorprendido la pregunta?

Boris tragó saliva antes de responder.

—No sabía que... no sabía nada...

—¿Quién robó los exámenes?

El acusado movió la cabeza para buscar ayuda en mis ojos, pero yo bajé la vista a la libreta en la que garabateaba los apuntes del acto. Noté un nudo en el estómago y me sentí muy miserable por tener que abandonar a un compañero.

—Del cajón de la mesa del despacho de la profesora han

desaparecido las preguntas y los ejercicios de los exámenes que había preparado para la próxima evaluación. Lo hemos descubierto porque el ladrón, en su precipitación, perdió una de las hojas al saltar por la ventana. Una única hoja de ejercicios que hemos encontrado en el jardín, debajo mismo de la ventana abierta. ¿Qué explicación das a todo eso?

—No sé nada... no me explico nada...

—¿No quieres ayudarnos?

—Sí, sí... —El tic de los labios se hizo más intenso.

—¿Sospechas de alguno de tus compañeros?

—¡Oh, no, no...!

—¿Quién fue el primero en llegar a casa de la profesora?

—No sé. Cuando yo llegué, ya estaban todos.

—¿También fuiste el primero en abandonar la casa?

—Fui el primero.

—¿Por una vez no fuiste el último en todo!

—El último autobús para volver a casa pasaba a las once.

—¿Saliste solo?

—Sí... La reunión ya había acabado.

—¿Con qué resultado?

—La... señorita Olius nos aconsejó, todo el rato, que no nos desanimáramos si no acertábamos la

primera prueba. Dijo que después nos pondría unos ejercicios de repaso del curso pasado y, si los sacábamos bien, nos subiría un punto o dos la primera evaluación de este año...

—¿Os dejó solos en algún momento?

—Sí... dos o tres veces... cuando entraba a la cocina a buscar la comida. Las chicas la ayudaban...

—¿Y vosotros os quedabais solitos en el comedor como unos iberos machistas, servidos por esclavas?

—No estábamos en el comedor.

—¿Ah, no? ¿Dónde merendasteis o cenasteis, entonces? ¿En el suelo, como si se tratara de una excursión a la montaña?

—En la sala de estar. La casa no tiene comedor. En la cocina hay una mesa grande para comer, pero no para siete personas.

—Un comedor-cocina, vamos, como en las casas americanas. Y si vosotros no entrasteis en la cocina, ¿cómo sabes que la mesa era insuficiente? Boris no esperaba la pregunta y tardó unos momentos en contestar.

—Abrían y cerraban la puerta de la cocina y, a veces, la dejaban abierta. La sala donde comimos estaba al lado y se veía muy bien todo.

—¿Y el despacho?

—Estaba al otro lado de la sala de estar, con todas las paredes llenas de

libros hasta el techo.

—Y una ventana...

—Sí...

—Que alguien dejó abierta por dentro para poder entrar más tarde desde el jardín.

—Eso no lo sé.

—Pero conoces muy bien la casa y el jardín.

—Como los demás, supongo.

—Antes has dicho que no entrasteis en el despacho.

—Yo no he dicho eso.

—Pues dímelo ahora: ¿quién entró en el despacho y por qué razón?

—Yo no vi que entrara nadie.

—¿Y cómo sabes dónde se encuentra y que tiene una ventana que da

al jardín y que está todo lleno de libros? No me digas que lo viste a través de la puerta.

Boris miró al inspector con rabia.

—La puerta estaba entornada y se veía algo...

—¿Muy entornada o poco entornada?

—A medias.

—¿El despacho estaba iluminado o a oscuras?

—A oscuras, pero entraba la luz de la sala.

—¿Y alcanzabas a ver que los libros llegaban hasta el techo?

—No lo sé... se veían muchos libros ordenados en estanterías en la pared.

—¿Hasta el techo? ¿Se veía el techo?

—Yo pensé que llegaban porque no se veía el final de las estanterías.

—Y la ventana, ¿se veía?

—Desde el jardín, al entrar. La planta baja estaba rodeada de ventanas.

—Yo te pregunto si la veías desde el interior.

—Me senté en diferentes sitios. Para cenar nos sentamos en el suelo.

—¿Viste la ventana o no?

—Sí... me parece que sí.

—¿Sólo te parece?

—No me fijé tanto como para estar segurísimo. Si hubiera sabido que me lo iban a preguntar...

—¿Cuántas paredes llenas de

libros viste?

—Una o dos.

—¿Se veía la mesa también?

—Sí...

—¿Volviste solo a casa?

—Sí...

—¿Por qué no esperaste a tus compañeros?

—Íbamos en diferentes direcciones. Y el padre de Carlota venía a recogerla en coche y se llevaba a dos o tres más que viven cerca de su casa.

—Bien... —suspiró el inspector con voz cansada, como para indicar que el interrogatorio había terminado—. Luego volveremos a casa de la profesora para comprobar si desde el suelo de la sala de estar, y con la puerta

del despacho entornada, se pueden ver la mesa, la ventana y los montones de libros.

—Muchas cosas no se distinguían con claridad... —puntualizó Boris con voz dudosa—, y muchas cosas las hablábamos entre nosotros...

—¿Qué significa eso?

—Que nos reíamos con los amigos cuando la señorita estaba en la cocina...

—¿Qué tipo de bromas?

—Normales...

—¿Qué significa normales para vosotros?

—Las que hacen todos antes de los exámenes: que si alguien se atreviera a entrar en el despacho a copiar los ejercicios de las pruebas y cosas así,

que no se dicen en serio... Imaginábamos que tendría las preguntas preparadas en la mesa del despacho...

—¿Quieres decir con eso que la mesa del despacho no era visible?

—Los libros sí que eran visibles en la pared, pero la mesa no recuerdo bien si se veía o hablábamos de ella como si alguien supiera que estaba allí...

Los tres técnicos se miraron sin decir nada.

—Bien... —repitió el policía—. Ya lo comprobaremos. ¿Habláis muchas veces en plan de broma con los compañeros?

—Normal... es decir, sí.

—¿Y las víctimas son siempre los profesores?

—Nosotros también.

—Por ejemplo, ¿a ti te han jugado una mala pasada alguna vez?

—Cuando era novato y no conocía a nadie en la clase me llamaban Bobo.

—¿De Boris?

—Sí, porque me ponía nervioso y tartamudeaba un poco. Y también... —Se detuvo porque el tic, imparable, le molestaba de nuevo.

—Y también, ¿qué?

—Nada... que también se reían de mi hermano.

—¿Le conocían?

—En alguna ocasión había estado hablando con los compañeros. Venía a visitarme y charlaban. Pocas veces. Y también se burlaban de él. Le llamaban

Mamal.

—¿Mamal?

—Se llama Malaquías.

—¡Bobo y Mamal...! —El

inspector ensayó una sonrisa, pero su cara y, sobre todo, su nariz no estaban hechas para alegrías.

—Decían que éramos el bueno y el malo. —El tono de voz de Boris había cambiado, y se había vuelto humilde, un poco entristecido y sufriente—. Como en las películas del Oeste.

—Pues no te quejes, que te han adjudicado el papel de bueno. Eso indica que tus compañeros te aprecian —se rió amablemente el profesor Goyo Juncosa.

LA JOYA VERDUGUILLA

EL inspector decidió llamar al segundo acusado. Mejor dicho, a la segunda. Despidió a Boris, dejándolo en manos del policía alto de la puerta, e hizo pasar a Carlota Torrente, la joya del curso, la Verduguilla de todo el colegio. El inspector recomendó al custodio de Bo Boris que lo vigilara bien y no lo mezclara con los restantes sospechosos, que esperaban su turno.

Carlota se sentó ante el tribunal sin decir nada. Estaba hermosa, como

siempre, tan fina y esbelta y con sus ojos de luz de luna. Un cierto aire de superioridad la hacía un punto antipática, a pesar de que ella se esforzaba, cuando quería, para no serlo.

—Carlota Torrente —leyó el inspector tras seleccionar las fichas hasta dar con la de la Verduguilla, que tenía delante—. ¿No crees que con las notas que sacas en todo también podrías aprobar las matemáticas si te esforzaras un poco?

—Siempre las apruebo... en septiembre —afirmó ella, con aquella seguridad que la hacía temible para los chicos.

—Sí, pero un expediente como el tuyo quedaría más brillante sin esa

mancha negra entre un montón de sobresalientes.

—Yo creía... —dijo ella, mirando con desconcierto a la doctora Kellerman.

—Sí, ya lo sé —la cortó el policía — tú creías que tu presencia aquí era para aclarar el caso de la profesora, y en seguida nos ocuparemos de eso. Pero tu problema con las matemáticas no deja de ser un misterio interesante para investigar algún día.

—No hay ningún misterio. No estudio lo suficiente. De hecho, ni las miro.

—¿Por qué?

—Hace un par de años, cuando entró como nueva profesora la señorita

Olius, me suspendió en la primera evaluación.

—¿Una injusticia?

—Sí. Ella quería que resolviéramos los problemas con los dibujitos de la matemática moderna, y yo los resolvía como nos había enseñado el profesor anterior. Si el resultado es correcto, ¿qué importancia tiene el método utilizado?

—Y desde entonces, como venganza, suspendes voluntariamente todas las pruebas.

—¿Para qué sirve estudiar una asignatura si la profesora no es justa y no se adapta a la peculiaridad de cada alumno?

—Y tú misma te dictas la ley. Tú

eres a la vez el juez, el verdugo y la víctima... En fin..., vamos al caso que nos ha traído aquí. Con los antecedentes expuestos, seguro que no aceptaste de buen grado la asistencia a la reunión convocada por la profesora.

—Nunca me he negado a colaborar en algo que pudiera beneficiar a mis compañeros. Si a ellos les aprovechaba...

—Pero no serías de las primeras en llegar a la reunión...

—Cuando yo llegué, sólo faltaba Boris.

—¿Cómo te llevas con Boris?

—Es un compañero como los demás.

—Según él, y según la psicóloga

aquí presente, le costó adaptarse a la clase.

—Es normal cuando eres novato y no conoces a nadie.

—¿Cómo os enterasteis de que se trataba de un chico adoptado?

—No lo recuerdo con precisión. Al principio era un chico huraño y no hablaba con nadie. Todos lo considerábamos como una cosa rara. Hasta que un día me dio pena y, cuando todos corrían hacia el laboratorio, me hice la remolona para ir a su lado. Desde aquel día, al verme, me sonreía, y empezamos a hablar un poco.

—¿De qué?

—De cosas sin importancia: música, televisión, chistes, cosas así...

Y otro día, cuando ya empezaba a hablar con todo el mundo, me regaló una joya.

—¿Una joya?

Carlota se ruborizó y, con el rabillo del ojo, me miró a mí y, después, a la doctora Kellerman.

—Sí... ya se lo dije a la doctora Kellerman.

El inspector se volvió hacia la psicóloga.

—No lo he comentado porque no creía que el hecho arrojara ninguna luz sobre el caso, pero... —se excusó la señora Olivia Kellerman— ahora pienso que sí... aunque tampoco tenía permiso de Carlota para hablar del tema. Ella me lo contó confiando en mi discreción.

—¿Qué clase de joya? ¿De dónde

la había sacado?

—Un... arete para las orejas. Un pendiente en forma de perla, como una lágrima. Yo creía que era bisutería barata. Boris dijo, sin darle importancia, que me la regalaba por haber sido la primera en dirigirle la palabra y ofrecerle mi amistad.

—¿Se la enseñaste a alguien?

—Los primeros días, no. Me daba vergüenza. Pero me la vieron en casa, y resultó que era una joya auténtica, de mucho valor. Entonces tuve que explicarles de dónde la había sacado.

—¿De dónde la había sacado?

—Mi madre llamó por teléfono al domicilio de Boris y habló con su padre. Quedaron en que le devolvería la pieza

a la mañana siguiente. En casa supusieron que Boris la había cogido de algún estuche en el que el abogado guardaba las joyas de su difunta esposa.

—¿Y se la devolviste?

—Sí... El me dijo que no era cierto que la hubiera sacado de su casa, que se la había entregado su hermano gemelo, que a veces se lo encontraba a la salida del colegio y siempre llevaba encima objetos raros y le regalaba algunos. Que su hermano no había tenido tanta suerte como él con sus padres adoptivos, que ya hacía tiempo que rodaba de familia en familia, todas de mal vivir, y la última era un clan de traficantes en objetos usados que lo aprovechaban todo: coches usados, pinturas y muebles

viejos, joyas...

—¿Se trataba de una joya robada?

—No lo dijo así de claro...

—¿Qué más dijo de su hermano?

—Poca cosa más...; que no sabía exactamente a qué se dedicaba y que, muchas veces, transcurría mucho tiempo sin que supiera nada de él...

—¿Mencionó si le había visitado alguna vez en casa del abogado?

—No lo dijo. Comentó que el abogado era un hombre muy amable y muy ocupado, que procuraba sacar tiempo para estar con él e interesarse por sus cosas... y que para llegar a querer a una persona como a un padre se necesitaba más tiempo y más contacto.

—¿Conocen los compañeros la

existencia del hermano gemelo?

—Los más amigos, sí. Pero la mayoría pasa completamente de cómo y con quién vive Boris.

—¿Alguno de los más amigos ha visto en alguna ocasión a Mal... Malaquías, el mellizo?

—Nico Ferrer y María Vilar, que yo sepa.

LA FUERZA BRUTA

—¿CÓMO es el hermano de Boris?
¿Cómo lo conociste?

Nico Deltoide Ferrer había cruzado los brazos sobre la mesa, y la fuerza concentrada en los músculos del tórax se reflejaba en la tirantez del cuello y de la cara. Tenía los ojos semicerrados y clavados en el inspector como dos puntas de alfiler. El jersey de cuello cerrado, la nariz chata, los pómulos salientes, la mandíbula cuadrada y la cabeza rapada como la de un recluta acentuaban su vigilante postura de luchador a punto de saltar contra su

rival.

—Es como Boris. Son mellizos.

—¿No observaste ninguna diferencia entre ellos?

—Muchas.

—¿Por ejemplo?

—El otro viste peor...

—¿De qué modo?

—Parece un ratero, un quinquí, un golfo...

—¿Y diferencias físicas?

—¡Ah...! Son iguales, claro... pero el gemelo es más oscuro, quiero decir que tiene la piel más oscura y el pelo más negro. Y parece más delgado...

—Quizá lo parece porque va desarreglado, por lo que has dicho.

Nico sonrió confiado.

—Sólo nos vimos en una ocasión...

—¿Y no volviste a verlo?

—No, sólo lo vi una vez.

—¿Cómo fue el encuentro?

Nico se pasó la mano por la cara, como si intentara ahuyentar la timidez.

—Fue para... pegarle una paliza a un contrario.

—¿A un contrario?

—Para darle una lección a un chaval mayor del equipo de nuestros rivales, los del Atlético de la Academia.

—¿Cómo fue eso?

—Boris jugaba con nosotros, de suplente. Y en un partido muy liado, en terreno contrario, el capitán del Atlético se metió con Boris con mala sangre. El capitán era un tío alto, el mayor de los

dos equipos, y le sentó fatal perder el partido. Al volver a los vestuarios empezó a acusarnos de comprar revientapartidos y chorizos como Boris para robarles el partido jugando sucio. Boris protestó, y nosotros nos pusimos de su lado, pero aquel pesado no paraba de gritar que Boris era un chorizo, que él lo había visto detenido con un grupo de toperos o topistas en una comisaría de policía a la que había acudido con sus padres para denunciar el robo del coche.

—Toperos son los ladrones de pisos y topistas los que revientan las puertas —explicó en voz baja el inspector a los psicólogos.

—El público también se metía con

nosotros y tuvimos que huir para que aquellos salvajes no nos cayeran encima; pero juramos darle una lección a aquel gallito del Atlético, y Boris dijo que hablaría con su hermano para que nos ayudara a hacerle una cara nueva al matón de barrio que le había insultado de mala manera. Y el equipo dejó la cuestión en nuestras manos.

—Así que depositaron el honor del equipo en vosotros —dijo el inspector en tono ligeramente burlón.

—Dos semanas después, Boris me dijo que su hermano me esperaría en la esquina del parque, por donde pasaba solo todas las noches el capitán contrario al volver a su casa. Boris y yo habíamos espiado durante unos días el

itinerario de nuestro gigantón.

—¿Y qué ocurrió aquel día en la esquina?

—Boris no vino. Dijo que se lo había prohibido su hermano.

Nico hizo una pausa.

—El gemelo me esperaba en el lugar convenido. Parecía un delincuente. Cuando apareció el capitán contrario, saltamos encima de él y le pegamos una tunda de cuidado. Lo cogimos por sorpresa y no le dimos tiempo para reaccionar. El hermano de Boris pegaba como una bestia. Es tan fuerte o más que yo. «¡Deja a mi hermano tranquilo, ¿entiendes?!», le repetía a puñetazos. «En la comisaría me viste a mí y no a él, ¿entiendes? Y a ti te vamos a ver en el

hospital como vuelvas a meterte con mi hermano o con sus amigos, ¿has comprendido? ¡A mi hermano, ni mentarlo siquiera!»

Nico se detuvo, como sorprendido de sus propias palabras.

—¿Qué más? —insistió el inspector, interesado.

—No... que el capitán huyó a toda pastilla, morado de golpes. Parecía un espantapájaros. Y el hermano... Mamal, Malaquías, me saludó, adiós y gracias y desapareció. Y no lo he vuelto a ver más. —Nico hinchó el pecho como para coger impulso y añadió—: A la mañana siguiente, el hermano de Boris era más famoso entre nosotros que si hubiera ganado la vuelta ciclista a España. Y

eso que sólo lo conocía yo..., bueno, yo y María Roja, es decir, María Vilar.

MARÍA ROJA

NADA más entrar en la biblioteca, María agitó la cabeza como para espantar una mosca, y el brillo rojo de su pelo formó una especie de aureola de fuego alrededor de su cara.

Mientras se sentaba en la silla de los acusados, delante de los tres expertos, yo pensaba que María gozaba de un privilegio que no tenía el resto de los testigos: si se ruborizaba por alguna pregunta, a ella no se le iba a notar como a los demás. El rubor era una especie de máquina detectora de mentiras, y a ella no la podrían atrapar

por ese lado.

—La profesora de matemáticas...
—empezó ella, antes de que nadie le preguntara nada.

Pero el inspector la cortó al instante.

—Ahora no nos interesa la señorita Cinta Olius. Nos interesa el hermano gemelo de Boris. Hablanos de él y de cómo, cuándo y por qué os conocisteis.

María parpadeó durante unos segundos, como si la pregunta la hubiera desconcertado.

—¿No podemos empezar de otro modo?

—María —intervino conciliadora la doctora Kellerman—, deja que el inspector dirija el interrogatorio a su

manera.

María se encogió de hombros, resignada, y comentó con una voz neutral, como si recitara una lección aburrida y archisabida:

—Muy bien. Después de la paliza al capitán del Atlético, todo el colegio le preguntaba a Boris por su famoso hermano. Sólo yo y unos pocos más opinábamos que había sido una demostración de fuerza bruta, un acto de cafres típico de los niños que no han superado la ley de la fuerza. Y además una acción cobarde por atacar a escondidas y sin avisar. «Una victoria sin peligro es un triunfo sin gloria», leí en un libro sobre Alejandro Magno.

—¿Y cómo se lo tomaban Boris y

Nico Ferrer?

—No nos hacían ningún caso. El equipo y la mayoría de la clase aplaudían la gesta, y todos los cursos creían que los dos héroes habían dejado muy alto el honor del colegio. A las que nos atrevíamos a criticar un poco, nos acusaban de pacifistas, feministas, chaladas, bobas... ¡Ellos son así!

—Continúa.

—Entonces Salud Mir, otra compañera y yo organizamos, con el respaldo de un par de profesores, una mesa redonda contra la violencia o sobre la no violencia. Nos llamaron de todo: traidoras, renegadas y otras lindezas por el estilo. E intentaron hacernos el boicot.

—¿Asistieron Nico y Boris? —
¡Qué va! Del equipo no vino ni uno. Ni los suplentes. Pero el día del simposio descubrí en la última fila al hermano de Boris. Mi primera impresión fue que era el mismo Boris, no su hermano. Pero luego me fijé mejor y comencé a dudar si era Boris o su hermano. Parecían idénticos, pero al ver su mirada más dura, su piel más oscura, su actitud más adusta y su vestimenta más pobre y descuidada... me convencí de que se trataba del hermano gemelo, de Malaquías.

María se detuvo un momento, y luego continuó.

—Al acabar las charlas, los cuatro gatos del público comenzaron a

hacernos preguntas a las que presidíamos la mesa. Entonces, yo me levanté para hablar con él y agradecerle su asistencia. Después de todo era un gesto de buena voluntad que demostraba inteligencia y coraje. Pero ya se había ido.

—¿Y no le viste más?

—Aquella misma noche me llamó a mi casa.

—¿Sabía tu número de teléfono?

—Se lo había dado Boris. Me dijo que no estaba de acuerdo conmigo ni con ninguno de los argumentos que se habían expuesto en la mesa redonda. Que muchas veces es necesario recurrir a la violencia para evitar una violencia mayor. Que un buen puñetazo en favor

del débil puede equilibrar situaciones injustamente desequilibradas. Yo respondí que la fuerza bruta nunca está justificada, que es preferible sufrir la injusticia que cometerla, que la violencia genera odio, y el odio es siempre malo. Le repetía las razones expuestas en las charlas: que el odio es un veneno que nos intoxica poco a poco y acaba convirtiéndonos en aquello mismo que odiamos, etcétera, cuando de repente él empezó a hablarme de la profesora de matemáticas.

—¿De la profesora de matemáticas? ¿A propósito de qué?

—De improviso me preguntó: «¿No me dirás que no le tienes un poco de

ojeriza a la Hipotenusa? ¿O es que no son una forma de violencia sus repetidos insuficientes, muchas veces injustos?». Yo me quedé muy cortada, porque, la verdad, un poco de antipatía sí sentía contra ella. A veces pensaba que si explicara mejor o fuera más paciente, se acabarían mis rollos con las matemáticas. «¿No es una violencia», continuó él, «su exigencia exagerada, su falta de compasión? Ella no perdona...» —¿De qué la conocía él?

—Eso mismo me pregunté yo en aquel momento. Pero él me dijo que Boris le había contado cómo lo torturaba aquella mujer con las matemáticas, y comentó que habían decidido darle una lección. Boris creía

que si la Hipotenusa no le hubiera tenido manía, habría intentado ayudarle cuando ingresó en la clase con un nivel muy bajo. Yo me asusté, pero él me explicó, riendo: «Se trata de una broma. Sólo utilizaremos la violencia contra las cosas, no contra las personas, y mucha gente se alegrará. ¿Verdad que el rollo de los exámenes os da miedo? Habéis discursado en la sala de actos que el miedo es malo porque de él pueden surgir el odio y la violencia, ¿no? Pues no os parecerá mal que entre en el despacho de la Hipotenusa, en el colegio o en su casa, y coja las preguntas y los ejercicios con que os amenaza. Son sus armas. Y si le requisamos las armas, adiós violencia».

RODOLFO VIOLENTINO

—¿Y estuvisteis todos de acuerdo con la proposición de robar los exámenes?

Román Veira exhibió una de aquellas sonrisas que tumbaban a sus admiradoras y que le eximían de pronunciar una sola palabra. Pero el inspector y la pareja de sabiondos estaban inmunizados contra sus encantos e insistieron con más fuerza.

—¿Cómo reaccionasteis cuando Boris os dijo, según acaba de declarar

María Vilar, que su hermano os proporcionaría el cuestionario de la primera evaluación?

Román intentó de nuevo salir del paso por la cara, con otra exhibición de dientes blancos y hoyuelos en las mejillas. Pero el inspector le echó una mirada más terrible, si cabe, que la que mostraba normalmente, a la vez que chillaba:

—¿Eres mudo, sordo o imbécil?

Y nuestro Rodolfo Violentino de andar por casa comenzó a hablar con voz temblorosa, como si la mirada feroz y los gritos del inspector hubieran quebrado su figurita de porcelana.

—No... nadie...

—¿Qué quieres decir? ¿Que

rechazasteis la propuesta?

—No...

—¿En qué quedamos?

—Quería decir que no lo propuso a todo el grupo... Primero habló sólo con María, que ya estaba enterada porque su hermano se lo había dicho por teléfono. María se lo contó a Carlota como un secreto. Y las dos se lo dijeron a Salud y a ése... —Román volvió la cabeza para mirarme, pero yo fingí no darme cuenta, enfrascado como estaba en los apuntes del acta—, Andrés, y después a Nico y a mí...

—¿Tú, el último?

—Más o menos... Nos lo íbamos diciendo, no había un orden fijo... y como todos saben que yo estoy siempre

de acuerdo con la mayoría...

—¿Ah, sí...? ¡Mira qué fácil!

—No..., es por solidaridad.

—¿O para ahorrarte el esfuerzo de examinar si la mayoría lleva razón o no y para no tener que intentar, en este último caso, comprender las razones minoritarias?

Román se quedó con la boca ligeramente abierta: al parecer, nunca se le había ocurrido pensar que una minoría, fuera del tipo que fuere, pudiera tener razón, e incluso le preocupaba que alguien pudiera imaginar que él, ¡un chico como él!, pudiera pertenecer a una minoría, cualquiera que ésta fuera.

—Todos dijimos lo mismo, que por

nosotros... que bien... que si nosotros no teníamos que hacer nada y él nos traía los ejercicios...

—¿O sea que tú pensaste que, si el trabajo sucio y peligroso lo realizaba otro, podías aprovecharte de los resultados con las manos y la conciencia bien limpias? ¡Claro! ¡Mientras sea otro el que saque las castañas del fuego!

El acusado palideció y empezó a mover la cabeza a izquierda y derecha como buscando unos ojos amigos en los que apoyarse. Los míos no se apartaron un momento de la libreta y de la escritura.

—Yo... hice... como los demás...

—¡Siempre con la mayoría, vaya!

Román asintió sin el menor gesto

de duda.

—Pero si la profesora ha sido ases...

El inspector inició su reprimenda en tono alto y truculento, un poco teatral, y se detuvo al comprobar el efecto que producía en el pobre y desconcertado testigo, que se había transformado en un trozo de hielo, tan blanco que parecía transparente. Hasta temblaba.

—Imagínate que la profesora —rectificó el policía con voz firme pero moderada—, por culpa del intruso o a consecuencia del robo, ha sufrido alguna desgracia irreparable... ¿Aceptarás tu parte de responsabilidad en este asunto, de la misma manera que estabas dispuesto a aceptar los beneficios?

—Yo... no soy responsable de nada... —Román estaba cada vez más asustado, muerto de miedo—. Habíamos quedado en que...

—¡Déjate ahora de historias! Si te hubieras negado de plano en el momento en que te lo propusieron, quizá tu negativa habría convencido a los indecisos del grupo, y el ladrón no habría tenido ningún motivo para entrar en el despacho de la profesora, y no habría ocurrido esa desgracia, hasta ahora hipotética.

—Pero... yo no estaba solo... todos dijimos lo mismo...

—¡Ya lo sé! ¡Tú siempre con la mayoría! Pero he oído que las niñas hacen mucho caso de lo que tú dices y

haces, que tienes mucha influencia sobre ellas. Según veo, más por tu cara bonita que por tu cerebro.

Esta vez Román se puso colorado como un pimiento.

—De todas maneras —acabó el inspector, como si terminara la demostración de un teorema que los torpes de la clase no habíamos entendido hasta entonces—, el autor del atropello pediría un ayudante para poder entrar por la ventana del despacho. Nuestro bandido generoso, ladrón de exámenes y redentor de condenados al insuficiente eterno, debió de tener un cómplice para actuar con más facilidad y seguridad.

Y Román, en una actuación de actor

consumado, hizo un gesto con los hombros de desolada impotencia y puso cara de perfecto despistado.

SALUD PITUFA

—**SÍ**, yo le ayudé a entrar por la ventana del despacho —confesó Salud Mir, Pitufa, mirando fijamente al tribunal de expertos con una sonrisa encantadora, casi como si estuviera relatando una proeza con su voz de clarinete, alegre y segura, que en ciertas ocasiones podía resultar un poco insolente y fuera de tono. Y así era en aquella ocasión.

—Explícate —le ordenó Arveja, sin dejarse impresionar por la seguridad de la chica.

—Es muy fácil —continuó ella con

su cara redonda de satisfacción—. La clase llevaba varios días obsesionada con las aventuras y desventuras del hermano de Boris. Y de pronto corrió la noticia de que se ofrecía para ayudar desinteresadamente a los pobres colgados en mates, a los malditos de la Hipotenusa. La verdad es que la evaluación se acercaba a pasos agigantados y no presagiaba nada bueno, pues la misma profesora nos había convocado a una reunión en su casa para prepararnos para el desastre. Aquella oferta era como lanzar una tabla de salvación a los náufragos de Pitágoras. La verdad es, también, que no tomamos muy en serio el milagro que Mamal nos anunciaba por boca de Boris y de María,

esa estrecha que se escandaliza de todo. No acabábamos de creérselo y nos preguntábamos cómo se las arreglaría para coger los ejercicios y pasárnoslos...

—¡Al grano!

—¡Uy! ¿Cómo quiere que se lo explique, entonces?

—Déjate de tonterías y ve directa al asunto.

—¡Uy! Para mí todo es grano. Más directa no puedo ser. Lo que digo...

—¿Cómo se puso el ladrón en contacto contigo?

—¿El ladrón...? ¡Uy...! ¡Qué palabra! Dicho así...

—¿Cómo lo llamarías tú?

—El hermano de un compañero que

quería ayudarnos con un favor... ¡Todos creíamos que sólo se trataba de eso! Que no hacíamos ningún daño a nadie...

—Las cosas no son tan sencillas como imaginabas...

—Sí... no sé por qué, siempre se complica todo...

—No lo compliques más ahora y cuenta de una vez cómo se puso en contacto contigo vuestro ángel custodio.

—Una mañana, justo antes de empezar la primera clase, abrí el pupitre para dejar los libros y encontré en el fondo una carta de Malaquías.

—¿Una carta del hermano de Boris?

—Sí... Al principio pensé que se trataba de una de esas cartitas, medio en

broma medio en serio, que los chicos escriben a las chicas... ya sabe... cosas de amigos y de novios y jaleos de éstos. Pero en cuanto la abrí, noté que era una carta especial.

—¿En qué lo notaste?

—Era muy corta, como un telegrama. Sólo ponía: «Si quieres que os ayude, deja abierta la ventana del despacho de la Hipotenusa, el martes por la noche». Y firmaba una «M». Nada más.

—¿Por qué te pedía eso a ti, precisamente?

—Quizá porque yo era la única del grupo que iba dos veces por semana a casa de la señorita Olius. Vivo muy cerca, y ella dijo hace unos meses que

necesitaba a alguien para ordenar los libros de su biblioteca, pues los tenía apilados en el suelo sin orden ni concierto desde que se cambió de casa. Y cuando terminé de ordenar los libros, me quedé de jardinera.

—¿O sea que ya no te ocupas de sus libros?

—Ahora sólo colocaba bien los libros nuevos. Los papeles no los he tocado nunca para nada. Ella era una maniática de los ordenadores y tenía la casa llena de programas nuevos y toneladas de papeles y juegos... que no me interesan nada. Para mí son como piezas de rompecabezas.

—¿Y ayer dejaste abierta la ventana?

—En la reunión que ella convocó para animarnos fue todo más fácil.

—¿Más fácil? ¿Por qué?

—Me daba no sé qué aprovecharme de mi trabajo para engañarla, porque cuando estaba en su casa trabajando en la biblioteca o en el jardín, muchas veces me dejaba sola porque tenía que hacer fuera y confiaba plenamente en mí.

—¿Y a pesar de eso dejaste la ventana abierta?

—Sí... claro... todos esperaban que lo hiciera..., no podía negarme...

—¿Vieron la carta los siete del grupo?

Salud cerró los ojos y se mordió los labios, como para recordar mejor.

—Creo... que no.

—Pero ¿sabían todos lo que el gemelo te había pedido hacer?

—Sí... todos. No hablábamos de otra cosa. Era emocionante, como un misterio.

—¿Boris también?

—Al principio, sí, pero luego se fue desinflando. Era como si las aventuras de su hermano no acabaran de gustarle o temiera comprometerle. Nosotros pensábamos que Boris se sentía culpable porque su hermano no ha tenido tan buena fortuna como él con la familia que lo ha adoptado; todo el mundo decía que son unos salvajes.

—¿Qué hiciste con la carta?

Salud me miró a mí.

—La rompió Andrés... Sí, él la hizo pedazos, antes de que pudiera verla alguien. Me convenció de que era mejor no dejar pruebas que luego pudieran comprometernos.

—Pero... ¿quién depositó la carta en tu pupitre?

Salud se encogió de hombros.

—Mamal, el hermano gemelo, digo yo.

—¿Y cómo entró en el colegio? ¿No es más difícil y expuesto entrar en el colegio de noche, sin ayuda, que en casa de la señorita de matemáticas?

—Las dos cosas son difíciles... si alguien no te ayuda desde dentro.

—¿No caísteis en la cuenta de este detalle ni se os ocurrió preguntaros

cómo había llegado la carta a tu pupitre?

—No... Todo lo relacionado con el fabuloso hermano gemelo de Boris era tan emocionante, tan misterioso, que nos pareció normal el hecho de encontrar la carta en el pupitre. Podía habérmela enviado por correo, o habérsela dado a Boris para que la dejara en mi pupitre o me la entregara... ¿Tan importante es ese detalle?

—Es importante porque demuestra que estabais tan deslumbrados por la figura del hermano gemelo y por la esperanza de que él resolviera todos vuestros problemas, que no os dabais cuenta de lo que pasaba ante vuestros ojos. Malaquías no os dejaba ver más allá de vuestras narices.

—¿Eso quiere decir que no fue él quien dejó la carta?

—Claro que sí... ¿Y tampoco reconociste la caligrafía?

—Era una nota muy corta, un aviso...

—Pero la letra... ¿reconociste la letra?

—¿Quiere decir que no la había escrito él?

—¿Cómo podías saber tú que era su letra?

—No podía reconocerla, claro. Imaginé que sería la suya...

—¿No te pareció rara la caligrafía?

—Me pareció normal.

—¿Normal? ¿Qué significa eso?

—Que podía haberla escrito

cualquier compañero...

—Exacto.

—¿O sea que...?

—El autor era un compañero de clase. El mismo que la depositó en el pupitre. El mismo que te aconsejó que, para no dejar pruebas, era mejor romperla, rasgarla en mil pedazos, que no quedara ni rastro de ella. Nuestro cronista, Andrés.

—¿Andrés?

REUNIÓN GENERAL

—¿ANDRÉS?

—Andrés, sí.

—Que hable, pues. Que diga todo lo que sabe.

—Andrés no dirá nada. Le hemos prohibido que abra la boca. Su único trabajo es escribir. Y su declaración se incluirá al final de la crónica que ha ido redactando sobre «el crimen de la Hipotenusa», el caso que nos ocupa. Su confesión, escrita, será el último testimonio de esta historia. ¡Y basta!

Con esas palabras, el inspector cortó las preguntas que Salud tenía preparadas y en la punta de la lengua, y las protestas de los demás compañeros —Carlota Verduguilla Torrente, Nico Deltoide Ferrer, María Roja y Rodolfo Violentino, o sea, todos menos Boris—, que habían entrado de nuevo en la sala-biblioteca del tribunal por orden del inspector. El policía alto de la puerta les había hecho pasar a todos juntos, al grupo casi completo, y habían entrado con la mirada baja y la cabeza gacha, como abatidos. Con andar cansino, se sentaron al lado de Salud, que los acogió con la sonrisa algo apagada, decepcionada del rumbo que seguían las cosas. Y cuando intentó abrir la boca, el

inspector se le echó encima con un desaforado «¡y basta!».

—Un momento de atención, por favor —continuó el policía en un tono de voz más civilizado—. Vuestras declaraciones han sido muy interesantes y espero que útiles. Ya sé que habéis hablado de algunos de esos problemas con la doctora Kellerman... Nosotros también lo hemos hecho, y no solamente con ella, que es quien conoce el caso más de cerca, sino también con el profesor Goyo Juncosa, que nos acompaña, y con otros expertos. Por eso puedo aseguraros que la mejor solución es la que vamos a tomar dentro de un momento.

Hizo una pausa para llenarse el

pecho de aire y pedir con la mirada la aprobación de los dos psicólogos que tenía a su lado.

—Dentro de un momento llamaremos a Boris. Parece que ha quedado claro que el culpable es su hermano gemelo, Malaquías. Todas las pruebas le acusan. Pero si recordáis alguna cosa más que pueda ayudarnos a ser más justos, decidla sin temor antes de que entre Boris.

Mis compañeros se miraron con ojos interrogantes. Todos tenían cara de no saber qué decir. Y todos evitaban mirarme a mí, que, atareado con los apuntes, no levantaba la cabeza de mi trabajo y sólo los espiaba de reojo.

—No... no hay nada más.

—Lo hemos dicho todo...

—Todo lo que se refería al hermano gemelo y a los exámenes...

—A Boris no le ocurrirá nada malo, ¿verdad? —preguntó la Pitufa con un punto de inquietud—. De hecho, él...

Y se detuvo. La observábamos con curiosidad, pero Salud no dijo nada más. Todos comprendimos que iba a decir: «De hecho... él no tiene ninguna culpa», pero sabíamos que eso no era completamente cierto y que por eso había callado Salud.

—Al contrario —dijo el profesor Juncosa, una voz que apenas conocíamos —: este acto representará para él una liberación. No os preocupéis, que no le ocurrirá nada malo. Precisamente

nosotros, la doctora Kellerman y yo, estamos aquí para amortiguar el golpe. Casi no hemos intervenido en los interrogatorios porque nuestro verdadero trabajo empieza ahora.

—Como ya sabéis —continuó el inspector—, Boris ha escuchado vuestras declaraciones desde el despacho de al lado, donde se oye perfectamente todo lo que se habla aquí, en compañía de un agente y del abogado. Y en estos momentos ha salido porque acaba de llegar su padre adoptivo, que le acompañará cuando entre en esta sala, dentro de unos segundos. Ha oído todo lo que habéis declarado y no ha manifestado en ningún momento que no estuviera de acuerdo con vuestras

palabras.

—Parece, pues, que ha llegado el momento del veredicto —anunció solemne la doctora Kellerman.

—¡Un momento! —levantó las manos el inspector—. Se me ocurre que quizá fuera mejor hablar con Boris a solas, sin la presencia de sus compañeros...

—Tarde o temprano, tendrá que enfrentarse con ellos... —protestó la psicóloga.

—Sí, pero más adelante. Después, cuando haya digerido toda la carga del hermano gemelo —insistió el inspector.

—No estaba previsto así —comentó el profesor Goyo Juncosa—, pero es que lo habíamos pensado en

frío. Aquí, en caliente, yo también creo, como el inspector, que es mejor hablar con Boris y su padre sin nadie más y dejar para más adelante el encuentro con los compañeros...

—Eso significa dos terapias... —
calculó la doctora Lechuza.

—Depende de cómo encaje la primera sesión —matizó el profesor.

—Podemos llamarle este mediodía... —propuso Salud Mir.

—O salir con él esta noche... —
insinuó Nico Ferrer.

—Sí, pero sin olvidar que vosotros también debéis mostraros tan culpables como Boris, si no más —precisó la doctora Olivia Kellerman.

—Pero... ¿no nos redime de la

culpa la penitencia que hemos hecho durante todos esos días para ayudar a Boris? —sonrió Salud.

—Hasta la señorita Cinta Olius nos perdonaría, si resucitara con más sentido del humor del que gastaba en vida —añadió Román Veira, utilizando también el poder de su sonrisa.

—Perdonaros, quizá —resumió el inspector—, pero aprobaros las matemáticas sin estudiar, lo dudo mucho. ¡Ni en el otro mundo las pasaréis sin estudiar fuerte, holgazanes!

EL ASESINATO

BORIS no soltó ni una lágrima ni hizo ninguna escena trágica, como nos temíamos. Mejor dicho, como habían previsto los dos sabios psicólogos. Sólo apretó con más fuerza la mano que su padre —un hombre agradable, de cabello blanco y cara sonrosada— le cogía, e inclinó levemente la cabeza hacia el brazo del caballero, como si por un momento hubiera pensado abrazarle o refugiarse en él.

El padre de Boris no escuchaba las palabras del inspector. Sólo miraba al chico y le pasaba la mano libre por la

cabeza, en un gesto de afecto y protección.

—El análisis de las manchas de sangre halladas en el despacho de la profesora que me acaban de remitir del laboratorio en este instante —hablaba el inspector jugando con un sobre y unos papeles que le había entregado uno de los auxiliares al terminar la reunión general de acusados—, indica que no pertenecen a la señorita Olius, como temíamos.

Los ojos de Boris se iluminaron. El inspector no lo advirtió y, tras una corta pausa, continuó:

—Y tengo una noticia todavía más importante, que confirma el resultado del análisis de las manchas: la señorita

Cinta Olius ha llamado a la comisaría del barrio hace poco rato, muy excitada porque dice... —el inspector se ayudó con la lectura de unos papeles—: dice que la noche pasada, poco después de acabada la reunión con los alumnos difíciles, oyó un ruido sospechoso en su despacho y acudió a ver qué era, casi muerta de miedo, pensando que algún ladrón había penetrado por la ventana. Atrapó a un chico andrajoso revolviendo los papeles y los cajones de su mesa y los ordenadores. La profesora creyó que buscaba dinero o joyas. Dice que el ladronzuelo, al verse descubierto, se asustó tanto como ella y, cuando intentaba huir por la ventana abierta, tropezó con una silla y cayó al suelo. Y

ella, alarmada, sin darse cuenta de lo que hacía, agarró una pala de las herramientas del jardín que había junto a la puerta y empezó a darle golpes. La pala de hierro dio en la cabeza del chico y se la abrió. Al ver la sangre, la profesora se detuvo, más asustada que antes. Y el caco aprovechó el momento para saltar por la ventana como pudo y desaparecer con las manos en la cabeza, manchado de sangre.

Ni Boris ni su padre dijeron nada, inmóviles ante la tribuna.

—Esta mañana, a primera hora —continuó el inspector, guiándose por los papeles—, los vecinos han descubierto manchas de sangre en el jardín y en la acera, y al comprobar que en casa de la

profesora no contestaba nadie, han avisado a la policía y nos hemos puesto en movimiento.

Boris abrió la boca, como si intentara decir algo, pero no dijo nada, y el gesto quedó como si le hubiera faltado aire para respirar.

—Pasado el primer momento de aturdimiento, la profesora reaccionó con sentimientos de culpa, pensando que el chico era un desgraciado y que la

herida grave que le había causado era un daño más fuerte que los papeles y libros que habría podido robarle, y salió a la calle a ver si lo encontraba. Ha pasado la noche buscándolo por rincones y portales, por parques y jardines, y por callejuelas y antros de

todo tipo. Incluso ha recorrido los hospitales y dispensarios de urgencias de toda la ciudad preguntando si había ido a curarse. Hasta que esta mañana se le ha encendido la lucecita de las buenas ideas para advertirle que debía avisar a la policía y nos ha dicho que...

Entonces, Boris exclamó con voz alterada, interrumpiendo la explicación del inspector:

—¡El culpable soy yo!

—No, Boris —replicó el inspector—. No quieras proteger a tu hermano. Todas las pruebas le acusan. Él es el único culpable. Hay que esperar hasta que la profesora nos facilite la descripción del ladronzuelo, pero yo apostaría cualquier cosa a que el

culpable total es Malaquías. El caso es...

En este momento, el padre de Boris dejó la mano del muchacho y le puso las suyas en los hombros para acogerlo en una especie de abrazo, como si intentara protegerlo de algún peligro.

—El caso es... que así como hasta ahora temíamos que a la profesora le hubiera ocurrido algo malo, incluso irreparable, en este momento nuestra preocupación se centra en Malaquías... ¿Dónde puede haberse metido con la cabeza partida, medio muerto como andaba? Imaginad que en su huida, con el afán de ocultarse, cae bajo las ruedas de un camión, o se refugia entre las ruinas de una casa destruida, o se dirige

hacia el puerto y se cae al mar... ¡y no podemos dar con él nunca más!

LA CRÓNICA

AQUELLA mañana, Boris había llegado con retraso, como de costumbre. También yo me retrasaba muchas veces. Normalmente llegaba a clase a tiempo. Pero de vez en cuando me ponía a leer por la noche a escondidas alguna novela de las que me apasionaban y, como no podía dejar la lectura, me dormía a las tantas de la madrugada y por la mañana no había fuerza humana capaz de sacarme de la cama.

Es lo que me ocurrió la mañana en que Salud Mir encontró en el fondo de su pupitre la nota del hermano de Boris.

O mejor dicho, la mañana anterior, porque el sobre con la nota escrita pidiéndole que dejara la ventana abierta lo deposité yo mismo la mañana siguiente a la que no llegué a tiempo para la primera clase.

Delante del edificio del colegio había un bar sucio y oscuro, una especie de tugurio infecto, una covachuela, en el que nos refugiábamos los compañeros para desayunar, telefonar, jugar a marcianitos, beber colas y litronas, o esperar la hora de la segunda clase, cuando llegábamos tarde a la primera. A pesar de sus defectos, y los tenía casi todos, el Bar Quita, que nosotros habíamos rebautizado como el Cubil de las Moscas, tenía dos virtudes

importantísimas para los estudiantes: primera, era muy barato, y segunda, la propietaria, doña Moniquita, nos fiaba cuando estaba de buen humor.

Aquella mañana, al ver que llegaba con retraso, me dirigí directamente al Cubil de las Moscas a esperar la hora. Ya que no había podido dormir a gusto, por lo menos desayunaría como un señor.

Nada más entrar, me encontré con la gran sorpresa de ver ante una de las mesas a Boris escribiendo en un papel que parecía una carta. Se hallaba tan concentrado en el trabajo, que no se dio cuenta de mi entrada. En el local no había nadie más, sólo nosotros dos y doña Quita fregoteando detrás del

mostrador.

Me acerqué a la mesa de Boris, admirado de haberlo atrapado escribiendo. Ésa era la gran sorpresa, no el hecho de encontrarlo en el Cubil por falta de puntualidad, pues Boris es de esas personas que no leen un libro ni escriben una nota si no es bajo amenaza de muerte. Y me entró una gran curiosidad por saber qué escribía y a quién.

Me senté, rápido, frente a él; a su misma mesa, mientras clavaba los ojos descaradamente en la hoja a medio escribir.

—¡Te he pescado! —me reí—. Escribes cartas secretas de amor en vez de resolver los problemas de la

Hipotenusa.

Boris, atrapado, me miró confuso. E intentó ocultar con la mano el trozo escrito.

—No... no... —tartamudeó—. No es nada...

—¿Quién es ella? ¿Verduguilla o María Roja?

—Se trata de otra...

—¿Otra? ¿Salud Pitufa?

—Otra cosa, quiero decir... Se... se trata de otra cosa...

—¡Vamos, tío! ¡No te creo! ¡Déjame ver!

—¡No! —gritó como si lo fueran a matar.

—Puedo ayudarte, si lo deseas... —me di pisto—. Ya sabes que soy el

poeta oficial del curso. Capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa.

El argumento pareció interesarle. Puso cara de reflexión, y cuando empezó a hablar, los dedos de la mano que tenía colocada sobre el papel ocultando el escrito iniciaron un movimiento prensil y agarraron la carta hasta convertirla en un manojó de papel que atrapó en el puño.

—Sí... —musitó—, quizá tengas razón... Tú escribes mejor... Y se trata de convencer a alguien con esta carta.

—¿De qué va el rollo?

—Es... algo... que me ha pedido mi hermano...

—¿De qué se trata? —Yo no

quitaba el ojo del puño que apretaba el escrito interrumpido.

—Pues... como él escribe mucho peor que yo, me ha dicho que le mande un papel a Salud, pidiéndole que deje abierta la ventana del despacho de la Hipotenusa.

—Yo creía que un profesional como tu hermano no necesitaba ayudantes. ¿No sabe cómo cortar un cristal para meter el brazo y abrir desde fuera?

—No lo sé... yo... ¿Y si resulta que los postigos están cerrados por la noche?

—Bueno... no discutamos. Dame el papel. ¿Qué pongo?

—¡Lo que te he dicho! Como si lo

hubiera escrito él. Dice que no hay que pringar a nadie. Quiere toda la responsabilidad, tal como nos ha prometido.

—Déjame ver lo que habías escrito tú.

—¡No! —De nuevo el grito del miedo—. Está muy mal. Tú lo harás mejor.

Y en un gesto brusco, se volvió para echar la bola de papel detrás del mostrador, entre la porquería sobre la que reinaba doña Quita.

Escribí en estilo telegráfico la nota que Salud se encontró en el pupitre, e intenté convencer a Boris de que en los negocios, al contrario que en el amor, lo más convincente y menos comprometido

es la brevedad. Le convencí también de que era más efectivo que Salud se encontrara con el mensaje en el pupitre, al abrirlo a primera hora de la mañana, que entregárselo en mano de parte de Malaquías, como si se tratara de un recadito sin importancia. Yo mismo me encargaría de depositarlo a la mañana siguiente, y por ello llegaría el primero a la primera clase, cosa que él, tardón innato, era incapaz de hacer.

Boris se dejó convencer tan fácilmente que yo estaba cada vez más seguro de que toda la historia de su hermano gemelo era pura comedia. Se trataba de una invención de Boris. El hermano gemelo no existía. Pero... ¿por qué razón lo había inventado e

interpretado en las dos o tres ocasiones que había dado la cara? ¿Y cómo podía probar mis sospechas?

Cuando estábamos a punto de entrar en el colegio para la segunda clase, exclamé con aire preocupado:

—¡La cartera! ¡Me he dejado la cartera en el bar!

—¿Qué cartera? ¡Si la tienes en la mano!

—¡La importante! ¡No la de los libracos! ¡La del dinero! ¡La pasta!

Y sin esperar su reacción, me lancé a pedir a doña Quita el papelote arrugado que Boris había tirado unos minutos antes. El trabajo no fue encontrarlo, sino descubrir cuál de entre los miles de papeles abandonados en el

suelo del mostrador desde las primeras generaciones de estudiantes era el de Boris.

Me pulí también la segunda clase. Pero ahora tenía la prueba en mis manos. La carta que intentaba redactar Boris estaba escrita con una letra desfigurada que imitaba la caligrafía de otra persona. No era su letra, y las faltas de ortografía eran demasiado graves incluso para un mal estudiante como Boris; estaba claro que trataba de hacer pasar aquel escrito como si el autor fuera otra persona, su hermano... inexistente.

La carta decía: «Todo lo que encontremos en los cajones, según ha informado Boris, servirá para ayudar al

grupo. Salud dejará la ventana abierta. Boris se encargará de convencerla. Los exámenes estarán entre los papeles de encima de la mesa». Y firmaba Malaquías.

Conste que la transcripción está corregida. Tras reflexionar durante toda la mañana, por la tarde decidí consultar el caso con la doctora Kellerman. Entre el peligro de ser acusado de delator o chivato y el de perder el curso y ser expulsado del colegio por haber confiado en un loco que se inventaba hermanos gemelos y se disfrazaba de perdulario para demostrarnos su existencia, me decidí por la primera solución. Al fin y al cabo, el primer traidor, el primero que se había burlado

de nosotros y nos había engañado, era Boris.

La doctora Kellerman, psicóloga del colegio, me escuchó con mucha atención, me pidió discreción absoluta y un par de días para consultar con colegas y profesores, y me prometió que no daría un paso ni diría una sola palabra en público sin consultar antes a los compañeros implicados en el misterio.

EL FANTASMA

PASADOS tres días, la psicóloga me llamó.

—Tienes razón —me confesó—. Hemos consultado con el orfanato y con la actual familia de Boris, y resulta que nadie conoce la existencia de ningún hermano, ni gemelo ni de otra clase.

Después se lanzó a discursar un rato, diciendo que seguramente se trataba de un caso de carencia afectiva, que en palabras normales significaba que Boris era un chico que necesitaba compañía, amigos y cariño. Por eso se había inventado un hermano idéntico a él

que le ayudaba en todas las situaciones difíciles. También mencionó a individuos con la personalidad dividida, o sea, que actúan como si fueran dos, muchas veces sin que una de las personalidades sepa qué hace la otra. El caso más célebre es el que describe el novelista Robert Stevenson en El doctor Jekyll y Mister Hyde. Después se enrolló con una serie de términos médicos y psicológicos que yo no entendí en absoluto.

El resumen que yo me fabriqué para mi propio consumo es éste: Boris, abandonado por su familia de muy crío, había sufrido mucho y, como había perdido a todas las personas que quería y necesitaba, se inventó un hermano

como él que no podía perder nunca, porque se trataba de un doble de sí mismo. El representaba el lado bueno, y el otro, que representaba el lado malo, le sacaría las castañas del fuego cuando fuera preciso. Bo Boris y Mal Malaquías, el bueno y el malo. La solución perfecta.

No obstante, según la doctora Kellerman, este invento era muy peligroso, porque podía conducirle a engañarse a sí mismo y a no verse tal como era en realidad. Por tanto, había que ayudar a Boris a librarse de su hermano imaginario, eliminar a su doble mental, deshacerse de él, matarlo, asesinarlo en sentido figurado.

Los compañeros del grupo, al

enterarse, se quedaron de una pieza. Y eso que no les contamos todo, del principio al fin. Por ejemplo, no les dijimos nada del embrollo de las cartas, para que los interrogatorios tuvieran algún efecto sorpresivo. Todos aceptaron colaborar de buen grado en el plan que la doctora y sus colegas habían trazado para sacar de la cabeza de nuestro amigo el fantasma de su hermano.

La profesora Olius convocaría una reunión en su casa para facilitar las cosas. No se comunicaría nada a la policía para no perjudicar a Boris y porque los sucesos previstos no llegaban a la criminalidad. Se trataba de una enfermedad y nada más. La doctora

Kellerman y el director del colegio ya habían hablado con el abogado, padre adoptivo del chico, y él no había puesto ninguna dificultad porque se trataba de ayudar a Boris. Era preciso darle una buena lección, hacerle comprender de una manera práctica que aquella solución de dar vida a un hermano atrevido y chuleta, capaz de hacer a escondidas lo que él no se atrevía a hacer a plena luz, era un camino peligroso y equivocado. Un buen susto, un golpe muy fuerte, y el chico reaccionaría. ¿Y qué impresión más fuerte que simular que la profesora, a la que intentaba robar los exámenes, había sido asesinada y que él podía verse envuelto en el crimen?

Discutimos durante horas y horas sobre la oportunidad del escarmiento. En general, los compañeros pensaban que se trataba de una medicina demasiado fuerte. Pero los expertos opinaban lo contrario: que si no se le daba una lección contundente, no reaccionaría.

—En el tribunal ficticio que montaremos a la mañana siguiente —dijo el profesor Goyo Juncosa—, y en el que todos debemos actuar de la forma más natural posible, como si los estudiantes de psicología que nos ayudarán fueran policías de verdad, se aclarará todo. Y las manchas de sangre, indicios del asesinato de la profesora, se convertirán en la sangre de su

hermano. Así le daremos la posibilidad de no hablar más de él, de eliminarlo con total limpieza, sin que Boris tenga que avergonzarse de nada. Asesinaremos metafóricamente al gemelo, y Boris no tendrá que dar explicaciones a nadie. Será como empezar de nuevo desde cero, limpio y sin mentiras ni fantasías enfermizas.

—Pero él... —dudó Carlota—, él sabrá que no es verdad...

—Será él mismo quien habrá entrado a coger los exámenes... —Nico Ferrer tampoco lo veía muy claro.

—Escuchad: él, al salir del despacho, habrá dejado la ventana abierta y no sabrá si después ha entrado alguien más, no previsto en su esquema

inicial. En cualquier caso, será él quien habrá dejado la ventana abierta para que penetre el asesino. Además, Boris no sabe ni sabrá que nosotros lo sabemos todo. Y si le ofrecemos una salida elegante para salvar la cara y deshacerse de su hermano, es muy posible que la acepte.

—Muy bien, profesor Juncosa. Una cosa: si no trae los exámenes, será señal de que acepta que su hermano ha desaparecido... para siempre.

—Esperemos, doctora, que no se trate sólo de un alejamiento temporal.

—Pero... ¿es que alguien va a pensar en los exámenes y en las evaluaciones con la profesora asesinada? —se rió Salud Pitufa.

—Ya hemos convenido que resucitará el mismo día, la misma mañana. Y los exámenes, o como diablos se llamen ahora, se celebrarán im-pe-pi-na-ble-men-te.

—¡Por favor, que no haya represalias! —rogó Salud, mirando con cara de pena a la profesora Olius, que ni siquiera en aquella ocasión se dignó rebajar el listón de su rígida exigencia.

Pasado todo, cuando Boris regresó al colegio, no trajo consigo los ejercicios de matemáticas. Como si hubieran desaparecido junto con el hermano gemelo, supuesto autor del asalto al despacho.

Hasta que...

EL HERMANO GEMELO

HASTA que, hacia finales de curso, volvimos a coincidir Boris y yo en el Cubil de las Moscas, por culpa del reloj. Esta vez fue él quien vino a sentarse a mi mesa. Nadie había hablado más de su hermano, como si se tratara de un muerto o desaparecido de verdad, que no se menciona por respeto al dolor.

Pocos días antes, alguien del curso había comentado que, seguramente, Boris no regresaría al colegio el curso siguiente. Creo que fue Salud la que

lanzó la indiscreción, porque le había cogido una gran simpatía y se interesaba por todo lo que Boris hacía o dejaba de hacer.

—Me voy —dijo a modo de saludo al sentarse a mi mesa. En aquellos meses del curso había perdido la timidez, el tartamudeo y los tics. Y había pegado un estirón considerable. Varios centímetros.

—Pero si acabas de llegar... —repuse yo— tarde, como siempre.

—Quiero decir el curso próximo.

—¡Ah...! Espero que no sea por...

—No, no tiene nada que ver con todo aquel lío del crimen de la Hipotenusa.

—Menos mal que no le ocurrió

nada...

—A mi hermano tampoco —se rió él, divertido al ver mi cara de sorpresa y alarma, mitad y mitad, como si hubiera pronunciado un nombre prohibido.

Se hizo un silencio pesado. La mención de su hermano hizo que contemplara a Boris de una manera distinta, como si acabara de descubrir que se trataba de un trastornado, medio loco.

—Como dentro de pocos días no nos veremos más —continuó él—, puedo soltarte un par de cosas que no te he dicho hasta ahora porque no quería más follones. —Me miró directamente a los ojos, desafiante—. Eres un mal compañero —descargó, como un

escupitajo—. En algunos sitios, ya te habrían colgado por lo que hiciste.

—¿Qué quieres decir con eso? — Yo estaba absolutamente desorientado.

—Quiero decir que las cartas son documentos secretos, íntimos. Y que la raza de los chivatos es peor que la de las ratas de alcantarilla.

—Pero... ¡si me pediste que la carta la escribiera yo!

—Me refiero a la carta que tiré detrás de este mostrador. Doña Quita es buena amiga mía y me dijo que habías vuelto para recogerla.

Un calorcillo desagradable en las mejillas indicaba que me había ruborizado o se me había subido la vergüenza a la cara, como dicen otros.

—Se trataba de una falsa carta... —
intenté excusarme.

—¿Cómo lo sabes?

—La firmaba...

—Yo. La firmaba yo.

—... tu hermano. Ponía: Malaquías.

—Malaquías soy yo.

Otro silencio, más pesado todavía.
Y un ligero sentimiento de miedo, de
extrañeza, como cuando te encuentras
ante un peligro desconocido.

—¡No digas tonterías! Tú eres...
Boris.

—No. Yo soy Malaquías.

—¡Vamos, anda! ¡Deja ya la
comedia!

—No es ninguna comedia. La
comedia la representasteis vosotros

intentando hacerme tragar primero que la profesora había estado a punto de ser asesinada, y luego que el muerto era mi hermano. Y todo el montaje de los interrogatorios, los policías falsos...

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Quién te lo ha dicho?

—¿Ves como yo no hago teatro?

Cada vez estaba más desconcertado. Miraba al chico que tenía delante, y no sabía qué hacer.

—Es peligroso jugar con ciertas cosas... —dije.

—¿Qué cosas?

—Pues... imaginar que eres otra persona, esas fantasías...

—Tú sí que tienes la cabeza atiborrada de fantasías sacadas de los

novelones que devoras. ¡Y no sabes nada de nada! Todo lo que tienes en la cabeza son imaginaciones.

—Y tú, ¿qué? ¿No has jugado con nosotros con tu sarta de mentiras?

—Yo no jugaba.

—¿Ah, no?

—No. Y tú, que quieres dedicarte a escribir no sé qué, poeta o periodista, tendrías que haberlo comprendido.

—¿Comprender qué?

—No vale la pena...

—Por favor...

Se lo rogué sinceramente, porque me tenía intrigado. Como él decía, yo quería dedicarme a trabajos en los que la imaginación jugara un papel fundamental, ¿y habría sido incapaz de

percibir alguna de las fuerzas invisibles que nos empujan en nuestras acciones y que yo me jactaba de que sabía detectar?

—Es un poco como en el interrogatorio de la biblioteca, cuando el tipo que hacía de policía riñó a Carlota Torrente porque no le daba la gana de aprobar las matemáticas, porque ella se fabricaba la ley y la justicia...

—¿Qué tiene que ver eso...?

—Carlota se fabrica su mundo. Un mundo del que, por despecho, ha excluido las matemáticas.

—Es por tozudez. Por orgullo, también. Ella es la primera perjudicada.

—Lo hace para restablecer la justicia. Está convencida de que la suspendieron injustamente, y trata de

prolongar esa injusticia para que todo el mundo se dé cuenta. Es como un grito, el grito mudo de la justicia.

—¿Quieres decir que la existencia... —iba a decir ficticia, pero frené a tiempo— de tu hermano gemelo es también un grito por la injusticia de haber pasado unos años difíciles... sin familia? ¿Intentas prolongar de ese modo la injusticia de vuestra orfandad para que todo el mundo se dé cuenta? ¿Como un acto de protesta?

—Es algo así, pero con una gran diferencia.

—¿Cuál?

—Mi hermano Boris existe de verdad.

—¡Boris eres tú!

—¡Yo soy Malaquías!

LOS NÚMEROS IMAGINARIOS

ME miraba directo a los ojos, sin parpadear, como si intentara convencerme con la mirada en una especie de reto hipnótico.

—Demuéstrame.

—¿Quieres una demostración como cuando la profe de matemáticas demuestra un teorema? Carlota Verduguilla no aprobará por más que le demuestren la necesidad de pasar las matemáticas, hasta que alguien elimine la causa que le hace odiar la asignatura.

—Y tú... ¿qué hecho quieres eliminar que te obliga a actuar de esa manera tan extraña?

—Tendrás que adivinarlo.

—No importa. Demuéstrame, de todos modos, que tú no eres Boris.

—En el orfanato, a muchos chavales de padres desconocidos nos ponían el mismo apellido. A Boris y a mí, por ejemplo. Por eso, y porque nos criamos juntos desde muy pequeños, nos considerábamos como hermanos. Cuando empezaron las adopciones y nos dimos cuenta de que en cualquier momento nos separarían y dejaríamos de vernos, decidimos intercambiar los nombres: Boris se llamaría Malaquías, y Malaquías se llamaría Boris...

—¿Por qué?

—Era como decir que yo sería él y él sería yo: una manera de seguir juntos. Más que eso: si nos hacíamos pasar el uno por el otro, era como si decidiéramos un poco nuestro futuro. Ya que nuestras vidas dependían de la voluntad de desconocidos, de si nos adoptaban o no, nosotros también decidíamos ser Boris o Malaquías, a nuestro antojo. Así quedaba claro que nuestra decisión también contaba.

—Pero...

—Él viviría la vida que me habían preparado a mí, y yo la suya.

—Pero... ¿y los papeles, documentos, certificados...?

—La administración del orfanato

era un desbarajuste y liamos a base de cambios y enredos todos los documentos que pudimos. Pasamos por tantas manos que al final se fiaban más de nosotros que de los papeles que nos acompañaban... Ni se fijaban en el papeleo, ¿qué interés podíamos tener en engañarlos? Los apellidos eran idénticos.

—¿Erais gemelos o no? ¿Os parecíais?

—De pequeños nos parecíamos. De mayores, no tanto. Lo más importante es que nos considerábamos como verdaderos hermanos, como la única familia que teníamos, la verdadera.

—Sigue.

—¿Ves como de verdad soy

Malaquías, aunque deje que me llamen Boris y yo mismo haya escogido llamarme así?

—¿Y la paliza al capitán del equipo de fútbol, y las llamadas a María, y el regalo del arete a Carlota, y la idea de robar los exámenes...?

—Eran cosa de Malaquías.

—¿De ti?

—Sí, claro. Imagina un hermano gemelo que realice todo lo que tú no te atreves a hacer y que cargue con toda la rabia y la violencia y los malos humores que llevas dentro...

—Entonces, la doctora Kellerman tenía razón...

—No. Ella creía que yo hacía eso porque estaba chalado o para

divertirme.

—O para prolongar el grito de la injusticia.

—Y no es eso. Toda la historia del robo de los exámenes no era más que una tapadera para poder entrar sin mayores problemas en el despacho de la Hipotenusa. Boris, es decir, Malaquías... bueno, mi hermano de orfanato, necesitaba unos programas de ordenador muy valiosos que la profesora había preparado. Se trataba de sacar varias copias y devolverlos la misma noche. Lo mismo que habíamos planeado con los exámenes... es decir, lo mismo que yo quería hacer creer que iba a hacer mi hermano.

—¿Por qué dices que necesitaba?

¿Le obligaba alguien?

—La Hipotenusa es consultora o ayudante... en fin, trabaja para una compañía internacional de programas para ordenadores, y la familia con la que vive actualmente mi hermano se dedica a piratear programas. Tienen una oficina de consulta para empresas, pero la verdad es que se dedican al espionaje industrial.

—¿Espías industriales?

—Cuando una marca de perfumes, por ejemplo, da con la fórmula de un nuevo perfume, las demás marcas pagan un pastón para saber cómo se obtiene el nuevo producto y sacarlo al mercado antes que la competencia. Se trata de una guerra comercial, tan dura como toda

guerra. Y lo mismo ocurre con los nuevos modelos de motos, de zapatillas, de trajes o de cualquier cosa que se venda bien. En este momento, el negocio más fácil y rentable y menos peligroso es la piratería de programas.

—¿Y... tu hermano espía?

—Le obligan.

—Con tu ayuda.

—No puedo negarme. El hace lo que me hubiera tocado hacer a mí si no nos hubiéramos cambiado.

—¿Y no lo han atrapado nunca?

—Una sola vez. Lo llevaron a comisaría. Y se libró por los pelos. La familia con la que vive hizo mangas y capirotos para sacarlo lo antes posible.

Saben que somos amigos y me

llamaron. Yo fui con ellos a la comisaría, por si servía de algo, y allí debió de verme aquel bestia del Atlético...

—Pero... ¿por qué no se rebela y los denuncia? ¿Por qué no huye?

—¿Adonde? Empezó con cosas pequeñas, sin importancia, y ahora está metido hasta el cuello...

—¿Y no sabe cómo librarse?

—¿Puedes imaginar una salida que no pase directamente por la comisaría? Además, la gentuza con la que vive podría vengarse. Y también le quieren, a su manera, y él a ellos, lo mismo. No son unos monstruos... son... unos estafadores...

Me pareció que iba a decir «de vía

estrecha», pero pensé que aquellos tipos no eran de vía estrecha sino de vía ancha. Quizá había estado a punto de decir «como nosotros», pero pensé que nosotros no éramos unos estafadores, en todo caso, unos aprovechados o unos listillos...

—Déjame pensar —dije—. Vamos a ver... Tú fuiste preparando poco a poco la presentación de tu hermano, para hacernos creer que nos ayudaba, y de este modo, si lo atrapaban en el despacho de la Hipotenusa, todo se limitaría a la inocente sustracción de unos exámenes de matemáticas para ayudar a unos amigos con pocas ganas de estudiar o negados para los números... Eso se llama ir sobre seguro

y preparar las cosas bien. Por cierto: ¿llegó a entrar o no, aquella noche, para coger los programas?

—¿Cómo quieres que entrara con el charco de sangre que se encontró?

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué?

—La solución para deshacerse de la familia de estafadores industriales.

—Di.

—Habla con tu padre, el abogado, y cuéntale el cambio de nombres. ¿Tienes confianza en él?

—Ahora, sí. Antes no lo conocía bien.

—Que alguien remueva todo vuestro papelerío hasta que dé con algún documento equivocado y pueda

demostrar que los nombres no coinciden. Y entonces que reclame a las autoridades y pida poner las cosas en claro: tú debes ser él, y él debe ir en tu lugar.

—Pero yo no quiero ir a parar a casa de esa gentuza... ¡Si supieras...!

—¡No tendrás que pasar con ellos ni un segundo! Cuando pidan tu opinión y se presenten con los papeles, tú dices que estás bien, que no piensas moverte, y él podrá decir que prefiere cambiar...

—¿Y venirse a vivir conmigo...?
¿Y si el abogado no lo acepta?

—Lo aceptará.

Boris-Malaquías movió las cejas, dudando.

—Ya me gustaría... —dijo.

—A eso se llama un final feliz.

—Imaginario.

—Como los números imaginarios que nos explicaba la Hipotenusa, que no existen pero sirven para mucho.

—Al final acabarán gustándote las matemáticas.

—Tendremos que pedir a Carlota que nos dé clases particulares, si queremos pasar... en septiembre.

—¿Sabes? Quizá ése sea el único modo de que vuelva a estudiarlas y a reconciliarse con ellas.

—¡Es una idea estupenda!

—¡Tenemos el día, hoy!

—Tal como repite uno de los profesores de mi agrado, el de plástica y dibujo, se avanza más a golpes de

entusiasmo que a golpes de látigo.

Malaquías-Boris puso de nuevo cara de enfado y dijo:

—Sólo se trata de imaginaciones..., no saldrá tan bien como pensamos.

—¡Hombre! Si empezamos pensando que todo va a salir mal, no vale la pena ni mover el dedo meñique.

—Y lo de los números imaginarios... ¿tú lo has entendido alguna vez?

—Muy poco.

—¿Para qué sirven?

—Creo recordar que para resolver las raíces cuadradas de los números negativos...

—¡Uf!... Me estalla la cabeza... ¡Y ahora recuerdo que todavía estoy a

malas contigo!

—¿Ah, sí? No pongas mala cara hasta que se publiquen las notas de mates.

—¿Sólo las de mates?

—¿Sólo las nuestras?

—¡Esperemos que esta vez la Hipo puntúe con «números imaginarios»!

El Autor

EMILI Teixidor, nacido en Roda de Ter (Barcelona), estudió Filosofía y Letras y Periodismo; durante años se dedicó a la pedagogía para pasar después al mundo editorial. Ha colaborado en programas de radio, televisión y diversos periódicos y revistas, en los que obtuvo los premios Atlántida y Ondas. Por sus obras infantiles y juveniles ha obtenido los premios Nacional de Literatura, de la Generalitat de Catalunya, de la Crítica, y fue candidato español al Internacional Andersen. Otras distinciones por sus

obras para adultos son el de la Crítica Serra d'Or y el Sant Jordi. Sus libros han sido traducidos a diversas lenguas. La crítica ha elogiado la inventiva de sus tramas y la capacidad de aventura de sus personajes.

Fran Bravo, nace en Ceuta (España) en 1975. Combina sus estudios de pintura en la Facultad de Bellas Artes de Granada con cursos de serigrafía, ilustración y grabado. Estudia animación en la Academia de arte, arquitectura y diseño de Praga. Ha ilustrado una decena de libros y realizado diversos proyectos de animación y multimedia. Actualmente reside en Genova.